

STÉPHANIE THOMAS

Mal de madres

Más complejo que el amor y el arrepentimiento



Planeta

STÉPHANIE THOMAS

Mal de madres

Más complejo que el amor y el arrepentimiento

Planeta

Índice

Prólogo

«Nos podemos arrepentir de no tener un hijo, sí. Pero arrepentirnos de haberlo tenido, no, ¡impensable!».

Son las dos frases categóricas que mi amiga Charlotte pronunció con intensidad cuando le hablé del tema de mi nuevo libro, el arrepentimiento de ser madre.

Su reacción me pareció divertida, porque me hizo pensar en la que yo tuve cuando la vi unas semanas antes leyendo un artículo del periódico *Libération*, con el título provocador, tanto atractivo como aterrador: «El arrepentimiento de ser madre, el último tabú».[1]

Hablaba de la publicación en 2015, en Israel, del estudio de la socióloga Orna Donath, *Regretting motherhood* (*Madres arrepentidas*), la primera en el mundo en tratar el tema, y que causó revuelo cuando salió en su país de origen y en los países en los que había sido traducido, en particular en Alemania.

Recuerdo bien que hice una mueca cuando leí ese título tan fuerte que me obsesionó durante varias semanas. Pero ¿de qué se trataba? Las 23 mujeres que participaron en ese estudio, todas madres, afirmaban que se arrepentían de haber tenido hijos, y afirmaban que si pudieran retroceder en el tiempo, se abstendrían de haberlos tenido. Ellas habían evaluado los aspectos positivos y negativos de su maternidad, y los segundos los superaban con creces.

Estaba estupefacta. Aunque a lo largo de mis veinte años de encuentros y entrevistas había escuchado muchas cosas, percibido recovecos oscuros y no

siempre confesables del alma humana, nunca me había encontrado con algo como esto. Y como mamá, ¡no imaginaba que un sentimiento así pudiera existir! Casi siempre se asocia la maternidad con una serie de emociones positivas: la felicidad de anunciar el embarazo a los allegados, las lágrimas de felicidad a la hora del nacimiento —«el día más bello de mi vida»—, el orgullo de ver a tu hijo crecer… Asociar el arrepentimiento con la maternidad me parecía paradójico, antinatural. Eso explica mi primera reacción, la de mi amiga y la de muchos de los interlocutores con quienes hablaría de este proyecto.

De todos los temas que he abordado en mi vida profesional, este me conmovió en particular y me llevó a cuestionar mi vínculo con la maternidad y la familia. Porque tiene que ver con mi historia y con la de mi abuela.

Cuando yo era más joven, con frecuencia me preguntaba si la abuela Vonne —se llamaba Yvonne, pero hubiera preferido llamarse Madeleine— lamentaba haber tenido un hijo, mi padre. La escuché en numerosas ocasiones hacer reflexiones al respecto. Que haya deseado tenerlo, de eso estoy segura; sin embargo, ¿no se habrá arrepentido finalmente de haberlo tenido?

¿Él le impidió lograr un ascenso profesional y social? ¿La privó de la libertad que ella amaba tanto? ¿Se interesaba verdaderamente en él? ¿Lamentaba haber tenido a ese hijo o, en general, haber tenido un hijo? Hablo del arrepentimiento en su nombre. Pero ¿qué significa esto? Es curioso: el arrepentimiento de lo que tenemos.

Mi abuela ya no está aquí para responder a mis preguntas. Tampoco mi padre. Sin embargo, quise tratar de aclarar esta intuición.

Decidí explorar esta ambivalencia de la maternidad yendo al encuentro de esas mujeres que se arrepienten de haberse convertido en madres, «el último tabú». No fue fácil dar con ellas porque es un sentimiento del que no hablamos. ¡Inefable e inaudible! Por esta razón consulté los foros de discusión en internet, que tienen la ventaja de garantizar el anonimato. En uno de ellos

solicité voluntarias que quisieran compartir sus testimonios, y rápidamente recibí al menos una treintena de respuestas de mujeres con diferentes perfiles, edades, profesiones y número de hijos.

Me asombró escucharlas afables, felices de poder al fin confiar a alguien ese mal que las corroía desde hacía mucho tiempo. Mi proyecto de hacer este libro les hizo creer que lo que ellas sienten existe en verdad, y que en cierto sentido legitima el arrepentimiento de ser madre. Compartí momentos inéditos y valiosos con esas mujeres tan sinceras, lúcidas y sin tabús.

Después de hablar con todas ellas por teléfono, y de haberme reunido con algunas, a pesar del contexto sanitario, pude constatar que cada historia era singular, y cada relación con el arrepentimiento, única. Tuve que elegir los testimonios más significativos que permitieran esbozar de la mejor manera ese sentimiento aún inexplorado en Francia. Elsie cuenta su frustrado deseo de niña. Coline lamenta su elección de haber tenido un hijo en lugar de no tenerlo. Giulia relata su vana búsqueda del instinto maternal. Y Victoria nos dice que decidió revelarle a su hija su arrepentimiento de ser madre…

Puesto que no soy socióloga ni psicóloga ni especialista en ciencias sociales y humanas, mi intención no es de ningún modo enunciar teorías generales sobre un tema que debe tratarse con todos sus matices. Quiero ofrecer, a esas mujeres que confiaron en mí, la posibilidad de hablar sin vergüenza ni miedo a ser juzgadas, y quizá ofrecer a quienes tienen este libro en las manos la oportunidad de descubrir una faceta de la maternidad que ha sido ignorada y padecida en silencio durante mucho tiempo.

Mientras que Orna Donath, en su estudio sobre el arrepentimiento, se interesó por la perspectiva social, es decir, el resultado de un mandato ejercido por la sociedad, yo, por mi parte, busqué «humanizar» el tema e interesarme en la historia de estas mujeres, con la idea de que ambas perspectivas están íntimamente relacionadas.

¿Cuáles son sus trayectos? ¿Sus experiencias familiares? ¿Cómo crecieron? ¿Soñaban con tener hijos cuando eran más jóvenes? ¿Dónde se agazapa el arrepentimiento del que hablan? ¿Con qué intensidad viven cotidianamente ese sentimiento inefable?

NOTAS

1. Rousseau, N. «Le regret d'être mère, l'ultime tabou», *Libération*, 10 de julio de 2016.

Introducción

Orna Donath y su estudio están en el origen de este libro. Ella es la precursora que sacó a la luz esta ambivalencia de la maternidad que experimenta una gran cantidad de mujeres en todo el mundo, a diferentes edades, en distintas culturas: el arrepentimiento de ser madre. La socióloga enseña en la universidad Ben-Gourion de Neguev, donde lleva a cabo investigaciones sobre las expectativas sociales a las cuales se enfrentan las mujeres. Su estudio sobre el arrepentimiento de la maternidad se publicó en 2015 y es fruto del trabajo que realizó entre 2008 y 2013. Interrogó a 23 madres israelitas, de 25 a 75 años, de distintos niveles socioprofesionales.

Según Orna Donath, esas mujeres lamentaban haber tenido hijos porque comprendieron tardíamente que la maternidad no era para ellas. Ciertas mujeres le confiaron que les parecía que esta responsabilidad era demasiado pesada para llevar a cuestas, aunque hacían todo por superarlo y amar a su hijo lo mejor posible. Esta toma de conciencia puede llegar en cualquier momento, durante el embarazo o después del nacimiento del primero, del segundo o de otro hijo. No todas las mujeres que interrogó querían necesariamente ser madres. Muchas de ellas estaban sometidas a presiones de su pareja o de su familia. Para Orna Donath, mientras las mujeres que se nieguen a la maternidad sigan siendo tratadas como egoístas, locas, «falsas mujeres», esta decisión jamás se considerará en un contexto claro y admitido.

Dice que vivimos en un mundo en el que la maternidad es parte del orden

natural de las cosas. Consideramos que dar vida es la meta existencial de cada mujer. Sencillamente porque las mujeres tienen los mismos órganos biológicos, se supone que deben tener los mismos sueños, necesidades y capacidades. De este modo, tener un hijo ofrece a la sociedad un desenlace feliz a la historia. Por eso, con sus testimonios, las mujeres derriban el último tabú y destruyen ese mito. La maternidad no es un reino sagrado, sino una relación subjetiva, vivida de manera distinta según la madre, que puede darle alegría, amor, pero también odio, celos y arrepentimiento.

A falta de palabras, y como la maternidad se ubica más allá de la experiencia del arrepentimiento, en el debate público o en los trabajos de las ciencias humanas y sociales relacionados con la maternidad jamás se aborda el arrepentimiento de haberse convertido en madre.

La mayoría de los escritos que se interesan en lo que las madres tienen que decir hablan de sus sentimientos y experiencias como mamás de recién nacidos, lactantes y niños pequeños, es decir, durante el periodo que sigue al nacimiento. Las vivencias de las madres de hijos más grandes casi no son objeto de ninguna investigación. Esto nos hace ver que solo se le brinda un lugar muy limitado a la experiencia de las madres en el curso de los años posteriores.

En estos últimos años, las raras veces en las que se ha abordado en internet el tema de las mujeres que lamentan haberse convertido en madres, sus palabras se registran con incredulidad, lo que significa negar lo que esas mujeres sintieron, o suscitan la cólera y se deforma su discurso.

El trabajo de Orna Donath fue publicado en alrededor de 15 países y comentado en todo el mundo. Pero no provocó las mismas reacciones en todos los países, lo que sacó a la luz las percepciones que cada nación tiene de la maternidad. Según la investigadora israelita, el sentimiento de arrepentimiento aclara hasta qué punto la sociedad piensa en la maternidad en términos positivos y la considera como un fin en sí de la feminidad. El caso de Alemania es interesante, porque el tema suscitó controversias y debates acalorados durante varios meses. Después de su publicación, en las redes sociales surgió una avalancha de testimonios de madres que expresaban su arrepentimiento, lo que generó comentarios de una violencia inaudita y

críticas negativas de una parte de la población y de los medios de comunicación.

«El intenso debate que conmovió a Alemania por el tema del arrepentimiento trataba principalmente del concepto de la díada de “la madre perfecta” y “la mala madre”, y demostró que estamos frente a una pluralidad de sentimientos y emociones que pide a gritos ser explorada; entre ellos, el arrepentimiento».[2]

Para la universitaria Barbara Vinken, quien analizó el mito de la madre alemana en 2001, el estudio de Orna Donath conmueve a Alemania porque revoluciona, pone en tela de juicio «la dicha de tener hijos» en una sociedad que desde hace mucho tiempo está fundada en las tres K (*Kinder, Küche, Kirche*) —que en español se traduce como «niños, cocina, iglesia»— y evoca la representación de los valores de la familia alemana tradicional bajo el Tercer Reich. Ochenta años después, la sociedad alemana sigue esperando una devoción total de las madres, y les pone la vara muy alta.

Los periódicos alemanes y las estaciones de radio y televisión se adueñaron durante más de un año de este debate. Cuestionaron las repercusiones sociales del arrepentimiento de la maternidad, al tiempo que se preguntaban por qué un estudio publicado en inglés en una revista israelita provocaba en su país tal controversia, mucho mayor que en los otros quince países donde se había publicado. Otros libros siguieron tratando el tema, como el memorable *Le Mensonge du bonheur maternel* (*La mentira de la felicidad maternal*), de Sarah Fischer.[3]

Las reacciones emocionales que suscitó la controversia #madresarrepentidas muestran el nivel de frustración, tristeza y desilusión en el que vivía una gran cantidad de madres alemanas, debido a las desmesuradas presiones políticas y al mito de la «buena madre». Quienes se atrevían a mencionar su arrepentimiento por la maternidad padecían el oprobio público, lo cual puso en evidencia una visión particularmente rígida de la maternidad al otro lado

del río Rin.

Sin embargo, las personas que Orna Donath interrogó en su estudio en numerosas ocasiones insisten en el hecho de que su arrepentimiento no tiene que ver con sus hijos, sino con la institución de la «maternidad», que perciben como un freno a su tiempo, su libertad y su autonomía.

En las redes sociales y los medios de comunicación alemanes, a estas mujeres las calificaron como *Rabenmutter*, que significa: «mamá cuervo sin amor, con un corazón frío que descuida a sus hijos». Esta definición se utiliza habitualmente para designar a las madres que trabajan, a quienes se les considera madres *desertoras*, que prefieren confiar a sus hijos a desconocidos, a las niñeras o a las nanas. La falta de estructuras para el cuidado de bebés e infantes impide que las mujeres trabajen. No hay guarderías del otro lado del Rin, y los jardines de niños y guarderías privadas son muy caros.

En Alemania, solo 24% de las madres trabajaba tiempo completo en 2016, en tanto que 46% lo hacía a medio tiempo. En Francia, solo 28% trabaja a medio tiempo. Esta proporción pasa a 30% cuando tienen dos hijos. También debemos observar que más de un tercio de las alemanas mayores de 30 años que tienen estudios eligieron no tener hijos.

La sociedad alemana es intransigente con esas mujeres que pueden perfectamente imaginar su vida sin hijos, incluso piensa que hubiera sido mejor que no nacieran. Es difícil aceptar que la maternidad no conviene o no atrae a ciertas mujeres. La idea del arrepentimiento de ser madre cuestiona la hipótesis según la cual la felicidad de la maternidad es y debería ser automática, y que anula cualquier otra preocupación o deseo.

La historiadora del tema de la maternidad, Barbara Vinken, estima que el estudio de la socióloga israelita tocó un punto sensible en Alemania porque desmitifica el mito de la maternidad, una felicidad por la que muchas mujeres sacrifican tanto.

Alemania ha sido precursora en materia de apoyos sociales en muchas ocasiones. A finales del siglo XIX, en Europa fuimos testigos del surgimiento de ideas que inspiraron más adelante los Estados de bienestar. Europa rebosa de

industrialización, se ofrecen empleos a las mujeres, menos arduos que el trabajo de producción en cadena y más atractivos; ellas comienzan a ocupar puestos en la administración y el comercio. Las mujeres descubren qué es un trabajo asalariado y esperan conservar sus empleos incluso después de casarse y de tener a su primer hijo. Las costumbres evolucionan.

La Alemania de Bismarck abrió el camino con la licencia por maternidad, instituida en 1878, y con un seguro y prestaciones en 1883. Esta legislación, bien recibida por las mujeres alemanas, sirvió de modelo a otros países europeos. En 2013 se propuso una prestación de guardería (*Betreuungsgeld*), que suscitó bastante controversia, pero muy pronto la Corte Constitucional Federal la declaró inválida en agosto de 2015. Esta prestación otorgaba a los padres entre 100 y 150 euros al mes para motivarlos a quedarse en casa y ocuparse de un hijo de 15 a 36 meses. Llamada *Herdprämie* (que se puede traducir a la vez como «prima de hornillo» y como «prima de rebaño»), esta prestación fue severamente criticada. A los ojos de los detractores, desviaba los fondos destinados a la creación de infraestructuras para jardines de niños y disuadía a las madres que deseaban volver al trabajo.

En Francia, que alguien cuide a un hijo pequeño es una tradición desde el siglo XVIII. En esa época era un hecho establecido que el marido era más importante que el recién nacido. El mensaje de toda la sociedad era: no amamantes a tu hijo porque entonces tu marido te será infiel. En 1769 se creó una Oficina General de Niñeras y Recomendadas de la Ciudad de París; luego, en 1781, un Código de Niñeras reúne todas las recomendaciones relacionadas con el oficio. Al principio, solo la aristocracia empleaba niñeras. Después se convirtió en un fenómeno de masas para todas las clases sociales. Fue así que las mujeres pudieron seguir trabajando, al contrario de lo que sucedió en Italia, Alemania, España, Grecia y Portugal, donde la sociedad juzga con severidad a las mujeres que no quieren dejar de trabajar para cuidar a sus hijos. Las consecuencias son lógicas: como no tienen que elegir entre tener hijos y conservar una carrera profesional, las francesas tienen más hijos.

Hoy, el Hexágono[4] está a la cabeza de las tasas de fecundidad europeas con 1.86 niños por mujer en la metrópoli en 2019, aunque, según las últimas cifras del INSEE,[5] la natalidad bajó ligeramente a una tasa del 1.84. En 2015, el Estado

francés destinó el equivalente a 3.7% del PIB en políticas familiares, frente a 2.8% en promedio en la Unión Europea.[6]

Las diferentes posibilidades de que cuiden a los niños pequeños —guarderías, niñeras, jardín de niños— permiten a las madres francesas recuperar con mayor facilidad su empleo después de la licencia por maternidad, que puede extenderse de 16 a 46 semanas, según el tipo de embarazo, sencillo o múltiple. Desde esta perspectiva, ellas planean con mayor tranquilidad la llegada de un hijo.

Lo anterior influyó de alguna manera, muy discreta, para que Francia diera la bienvenida al libro de Orna Donath, que se publicó en 2019, cuatro años después de la edición original, y bastante tiempo después de las otras traducciones extranjeras. La autora piensa que también contribuyó el hecho de que en 2015, cuando se publicó el estudio en Israel, el presidente François Hollande acababa de legislar el matrimonio homosexual, y el debate se inclinaba más sobre la maternidad asistida como la procreación médicamente asistida o la gestación subrogada, que sobre el arrepentimiento de ser madre de las mujeres que tuvieron hijos. Había un desfase entre el tema del libro y el debate que dirigía y dividía a la sociedad de entonces.

Y aunque algunos medios de comunicación le pusieron atención al tema, no surgió la misma polémica que en Alemania, que habría permitido a las mujeres francesas expresar su arrepentimiento de ser madre. Lo que me motivó a escribir este libro fue hacer justicia a un tema que no suscitó el interés que ameritaba y que es una apuesta fundamental: ¿por qué tenemos hijos?

Cada mujer tendrá su propia respuesta, que estará en gran medida influenciada por la época en la que se formule la pregunta. El contexto social y político de los años 1940-1950 hizo que mi abuela fuera una madre singular, con expectativas y deseos muy distintos a los míos.

NOTAS

2. Donath, O. (2019). *Le Regret d'être mère*. Odile Jacob. [Donath, O. (2017). *Madres arrepentidas: una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. México: Penguin Random House].

3. Publicado en Alemania por Ediciones Ludwig, 2016.

4. Así se le conoce a Francia por su contorno geográfico [N. de la T.].

5. Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos [N. de la T.].

6. https://www.ccomptes.fr/sites/default/files/2017-09/20170920-rapport-securite-sociale-2017_1.pdf?

lipi=urn%3Ali%3Apage%3Ad_flagship3_pulse_read%3BC5qHwVdbSlCTTfo5W9GWig%3D%3D

1

Yvonne, la mujer y la maternidad en Francia

A los 30 años, la abuela Vonne tenía un rostro muy delgado, dientes grandes, ojos muy azu les y claros, cabello fino y corto, ligeramente rizado, que dejaba bien acomodado. A pesar de su escaso salario y su ropa remendada, siempre estaba muy elegante.

Si bien les daba la misma importancia a los resultados escolares de su hijo que a su buena presentación —era capaz de mandarlo de nuevo con el peluquero el mismo día si su cabello no quedaba completamente al ras—, mostraba muy poco interés por el estado de ánimo del niño. Mi padre aprendió ortografía con ella «a reglazos». Los cuidados, los juegos y las confidencias, el orgullo que se siente en la ceremonia de entrega de premios de la secundaria y preparatoria, era la esfera de su marido, Raymond, nueve años mayor que ella. Él era atento, afectuoso, protector y estaba consagrado a su hijo.

Recuerdo un día en que la abuela Vonne —que, a diferencia de su papel de madre, era una abuela formidable y desbordante de amor por sus nietas, aunque tuviera mano ligera para usar el trapo mojado cuando pasábamos corriendo demasiado cerca de ella y de su horno— me dijo: «Es muy difícil tener un hijo. Son demasiados sacrificios. Yo le di todo a tu padre». ¿Por qué me confiaría aquello? ¿Qué le había dado? ¿Vacaciones en la playa y la posibilidad de estudiar para ser ingeniero? Pero ¿a qué precio? Mi padre siempre se esforzó por ser el mejor para que ella estuviera orgullosa de él y se lo reconociera… en vano.

¿Habría sido más feliz sin él? ¿Qué hubiera hecho de su vida? Quizá hubiera recorrido el mundo. La Gran Muralla China, la Plaza Roja, tantos sueños

vinculados con su apego al comunismo. ¿Habría tenido una mejor carrera que solo dirigir un servicio en la compañía de seguros que la empleaba? ¿Habría tenido «ropa hermosa» y «joyas», como le gustaba repetir? Con la edad, estas expresiones se habían convertido en su cantinela.

Mi abuela nació en 1913, en París, de madre bretona que trabajaba como sirvienta, y de padre berrichón, ebanista establecido en un taller del barrio Saint-Antoine, después de formarse en la escuela Boulle. Sus padres se conocieron en un baile, en 1910. Pero la pareja no estaba casada y Léon no quiso reconocer a su hija. Los jóvenes padres vivían en un cuarto de servicio del barrio de Aligre, en el distrito XII, hasta que Léon fue convocado a filas y partió a la guerra en agosto de 1914. Nunca supe por qué no se casaron. Mi abuela siempre decía con mucho orgullo que sus padres eran «vanguardistas». Una manera de redimir a su padre a pesar de los años de oprobio que ella padeció.

Y es que ser madre soltera en esa época estaba mal visto. El Concilio de Trento de fines del siglo XVI había reforzado el sacramento del matrimonio, y concebir hijos fuera de él era impío y vergonzoso. Un edicto real fechado en 1556 obligaba a todas las mujeres a que declararan su embarazo a las autoridades, y de no hacerlo, se les sentenciaba a muerte si el niño moría sin ser bautizado. Declaraban que con esto intentaban evitar el aborto o el infanticidio y asegurarse de que el recién nacido no estuviera condenado al limbo por la eternidad. Pero lo que en realidad querían era controlar el útero.

Después de dar a luz, estas mujeres podían quedarse en «refugios» si el parto había sido en la ciudad. Estos establecimientos, controlados por religiosas, ofrecían un techo a esas hijas de la desgracia que habían sido rechazadas por su familia o abandonadas por su patrón. Si la madre no podía atender las necesidades de su hijo, este se confiaba a un orfanato, y era muy frecuente que a las madres les dieran permiso de quedarse un tiempo en el «refugio» para amamantar a los hijos de otras.

En el curso del siglo XVIII la sociedad se volvió más compleja, la autoridad eclesiástica disminuyó, y la vigilancia de las chicas, así como el control de la

moral, se hicieron cada vez más difíciles. Los niños concebidos fuera del matrimonio se enviaban cada vez más a los orfanatos. A los bebés se les ponía en los pequeños tornos de los niños expósitos, instalados en los muros de los establecimientos de religiosas que recibían a los recién nacidos que abandonaban con total discreción. Las madres sabían que su bebé sería recibido de inmediato, que lo cuidarían y que estaría a salvo. Esta responsabilidad siempre ha caído sobre la espalda de las madres. Es siempre la madre la que hace al «bastardo».

Las expresiones «madre soltera» e «hijo natural» datan del siglo XVIII. Si la sociedad les hubiera otorgado un nombre y un lugar a esas mujeres sin marido, habría sido tanto como admitir implícitamente que solas podrían responder por sus hijos, que el binomio madre-hijo podría ignorar al padre y prescindir de él.[7] Un siglo después, apoyándose en el peso moral de la Iglesia y del Código Civil de 1804, se votó una ley para proteger a los hombres, para evitar indagar la paternidad y preservar la herencia de los hijos legítimos.

A la sociedad le ha tomado mucho tiempo concebir la posibilidad de que una mujer pueda prescindir de un hombre en su vida. Antoinette, mi bisabuela, trajo el deshonor a la familia. Sin embargo, en 1912, finalmente surgió una ley que permitía a las madres solteras obligar al padre a reconocer su paternidad. Las madres solteras pasaron de ser «mujeres culpables» a ser «madres valientes». De todos modos, ser madre soltera en 1913 era un escándalo.

A mi abuela le endilgaron el ofensivo apodo de «bastarda» los allegados y su familia materna, comenzando por sus abuelos, quienes la llamaron así cuando ella regresó a Bretaña. Una herida que la abuela Vonne jamás pudo cerrar.

No fue sino hasta 1920 cuando Léon reconoció a la pequeña Yvonne, al mismo tiempo que a su segunda hija, Paulette, quien nació nueve meses después de que él regresó de la guerra. Mi abuela siempre estuvo un poco celosa de su hermana menor, quien jamás conoció la deshonra. Me contaba a menudo su historia y me hablaba de su dolor, de las humillaciones que había padecido cuando niña. Yo la escuchaba sin mucha atención, o con molestia, según mi humor. Me parecía que le daba vueltas a lo mismo, pues a fin de

cuentas la habían reconocido.

Yvonne no descansó hasta vengarse: tenía que ser mejor que aquellos que se habían quedado en el pueblo, en Bretaña y en Berry. A pesar de que solo tenía el certificado de secundaria —siempre lamentó no haber podido continuar hasta la preparatoria—, ascendería en el escalafón de su empresa. A los 14 años trabajaba, y a los 18 ya ganaba su primer verdadero sueldo de empleada en una compañía de seguros en la que permaneció hasta su jubilación. Gracias a su compromiso laboral, a su seriedad y a sus capacidades para el cálculo, adquirió responsabilidades honorables. Llegó a transportar maletines con dinero, sujetos a su muñeca con esposas, escoltada por guardaespaldas. Caminaba por los grandes bulevares de París con la frente en alto y la mirada fija, envuelta en su abrigo negro largo de astracán.

La Gran Guerra marcó el inicio de la «nacionalización» del vientre de las mujeres para la patria. A principios de la década de 1920 en Francia, la Cámara «azul horizonte» promulgó leyes que las feministas calificaron de «perversas», que prohibían toda información relacionada con la anticoncepción. El objetivo de los diputados era prohibir todo tipo de información en materia sexual. Esos hombres querían silenciar los movimientos feministas y a las neomalthusianistas que preconizaban limitar los nacimientos sin restringir la sexualidad. La ley no ayudó en ningún modo a que disminuyera el número de abortos.

Bajo el régimen de Vichy, el tema del útero tuvo un lugar destacado en el discurso político. Pétain, ese anciano sin hijos, en medio de un mundo en guerra, les exigía a las mujeres que procrearan. Las mujeres trabajaban en lugar de los hombres: conducían los tractores, fabricaban las armas en las manufacturas, cuidaban a los heridos en el frente… Pero su único papel reconocido, el que ningún hombre podría quitarles cuando volviera del frente, era el de parir.

En su discurso del 20 de junio de 1940, Pétain acusó directamente a las mujeres de ser demasiado frívolas y de no haber sabido reemplazar a los muertos de la Primera Guerra. «Muy pocos hijos, muy pocas armas, muy

pocos aliados. Esas son las razones de nuestra derrota. El disfrute venció al sacrificio». Afirmó que el deseo de autonomía sexual de las mujeres en el periodo de entreguerras era el causante de la disminución de la tasa de natalidad, y descartó que los hombres tuvieran algo que ver. La orden de procrear se impuso, desvaneciendo toda posibilidad de cualquier otra aspiración. La radio difundía eslóganes moralistas, y en las calles aparecieron letreros que las culpabilizaban. «Una mujer coqueta y sin hijos no tiene cabida en la ciudad». La anticoncepción se consideraba un crimen contra el Estado.

En toda Europa a las mujeres se les limitaba a su función reproductiva. En mayo de 1941, el mariscal Pétain se dirigió de nuevo a ellas: «Madres de todos los rincones de Francia, su tarea es la más difícil, pero también la más bella». Y a raíz de eso, la fiesta de las madres, que costó tanto trabajo imponer en la década de 1920, se hizo obligatoria y desde entonces se celebra cada primer domingo de mayo.

Yvonne conoció a su marido en un baile en Creusa y se casaron el 2 de septiembre de 1939, el día anterior a la declaración de guerra. Mi abuela llevaba un vestido fucsia y un pequeño sombrero con velo.

Jamás le gustó hacer lo mismo que los demás. Prefería sobresalir, y con frecuencia llevaba la contraria. Era insoportable. Así que, al inicio de la guerra, a Yvonne la tenían sin cuidado todos los mandatos de Pétain sobre la maternidad. Había salido a la calle en 1936 con el puño en alto para defender las vacaciones remuneradas. Tenía 26 años y prefería concentrarse en su carrera, mientras que su marido y Maxime, su cuñado, se escondían en casa de sus padres, en Creuse, para escapar a la STO.[8]

No era así como mi abuela podría tener un hijo. ¡La ausencia de Raymond no facilitaba la procreación que Pétain exigía! Entonces, mientras esperaba que su marido volviera, Yvonne trabajaba y se burlaba del nuevo lema de su país: «Trabajo, familia, patria». Como el resto de las francesas, su preocupación principal era alimentarse y vestirse.

Después de algunos meses que pasó escondido en su pueblo, Raymond decidió regresar a París y retomar su trabajo en la fábrica Renault.

Mi padre nació en enero de 1943. Mi abuela hizo de este nacimiento un acto de resistencia: su hijo nacería libre. Nació en el Indre, unas semanas antes de la supresión de la línea de demarcación. Menos de tres semanas después del parto, Yvonne dejó a su hijo con sus padres y regresó al trabajo. No volvió por él sino hasta 1948, para que entrara a la primaria, tres años después del final de la guerra. Se enorgullecía de no haberlo amamantado. Ella no se rebajaría a eso… «Tan vulgar y restrictivo. Además, deforma el busto». No, Maurice tendrá su vaca, la del granjero de la esquina, o leche en polvo. Esa leche en polvo revolucionó la vida de las madres, pues desde ese momento los padres también pudieron dar el biberón. Las mujeres que trabajaban tenían ahora una solución. Creada en 1908, la leche Guigoz invadió las farmacias a partir de 1927. Mi abuela volvía a veces para abrazar a su hijo, antes de regresar a París con una canasta rebosante de verduras del jardín, huevos y un buen pollo gordo y desplumado.

Cuando Yvonne hablaba de ese abandono temporal de su hijo, lo que él le reprochó ya adulto, ella se salía por la tangente: «Era la guerra. Al menos lo alimentaban y podía respirar el aire del campo».

Ella había cumplido con su deber de ciudadana y de esposa. Un hijo para la patria y para Raymond. Y sin tiempo para el arrepentimiento. Había que avanzar, retomar las riendas de su vida. Confeccionaba sus blusas con la tela de los paracaídas de los aliados que compraba en el mercado negro, zurcía todo y ahorraba para dejarle una herencia a Maurice. Eso era sacrificarse por un hijo. ¡Sagrado hijo! Hacia adelante por el ascenso social.

Estaba muy orgullosa de poder ayudar a su marido. Ella, el «cuello blanco», y él, el obrero. Ella le hizo vislumbrar la perspectiva de salir del ciclo agotador de los turnos de ocho horas. Todas las noches lo ayudaba, lo hacía estudiar, lo impulsaba a subir los escalafones de la empresa con la marca del rombo. Con el pasar de los años y los exámenes internos obtuvo puestos más cómodos y mejor remunerados. Hoy en día bien se podría decir que mi abuela fue una mujer libre que hizo lo que quiso y siguió sus sueños sin molestarse por la presión social.

Es innegable que el estatus de los niños ha cambiado mucho en el seno de la familia y la sociedad. Hoy está en el centro de la estructura familiar. Incluso antes de que nazca, se les propone a los padres crear un vínculo con el bebé, en particular gracias a la haptonomía. Podemos hablarle y si es en otros idiomas aún mejor; hacerlo escuchar música…

Cuando estaba embarazada de Lila, a mi abuela le parecía asombroso comunicarse con su bisnieta poniendo las manos sobre mi vientre. Eso le gustaba. La psiquiatría infantil se ha democratizado, las escuelas con pedagogía adaptada a cada niño se han multiplicado… A partir de ahora, los niños están «protegidos» por leyes que condenan cualquier tipo de abuso de un adulto hacia ellos.

El lugar central que se le otorga al niño provoca una gran atención hacia todo lo que tiene que ver con la maternidad. La mayoría de las mujeres que dan su testimonio en este libro, y muchas más, me contaron que su familia, su pareja o sus amigos las presionaron en exceso en cuanto al niño que esperaban. Mi abuela Vonne esperaba con impaciencia ser abuela. Entre mis amigos y mi familia, yo fui la primera y la más joven en lanzarme a la maternidad. Al contrario de mis amigas, que tuvieron hijos «ya maduras» a los 34 años o más, yo me ahorré todas esas preguntas abrumadoras y entrometidas respecto a mi deseo de tener un hijo y al reloj biológico. Por otro lado, no es raro que me cuestionen sobre el hecho de que solo haya tenido un hijo. «La gente» encuentra eso sospechoso. Entonces me veo obligada a contar la historia de mi vida como para justificarme, o hago piruetas para cambiar de tema y evitar el interrogatorio.

NOTAS

7. Knibiehler, Y. (2017). *Histoire des mères et de la maternité en Occident.* Colección Que sais-je?. Presses Universitaires de France.

8. Servicio del Trabajo Obligatorio [N. de la T.].

2

Elsie, el deseo de tener un hijo a pesar de todo

La primera mujer con la que me reuní para esta exploración del arrepentimiento de ser madre forma parte de mi círculo cercano. Se trata de Elsie, una amiga mía. Nuestras madres tomaban clases juntas en Schoorl, junto a Alkmaar, en los Países Bajos.

Elsie siempre dijo que ella «no quería tener hijos». Todo el mundo lo sabía: su familia, sus amigas, los amigos de sus amigos. No había manera de que cediera a la presión social. «No le pondré una cruz a mi "libertad". Estoy muy bien así; acabé una buena carrera, tengo un título de agrónoma, un marido que amo y un oficio».

Elsie no se dejará manipular por lo que otros esperen de ella. Diez años antes ya lo había dejado claro. No tuvo reparos en abortar, impulsada por la convicción de que no estaba hecha para ser madre, pero este acto nada trivial, la hundió posteriormente en la depresión. Una depresión engañosa: no se hubiera percatado de ella si un día su médico no hubiera pronunciado la palabra. Pero ella asegura que jamás se ha arrepentido de su decisión. A veces calcula la edad que tendría su hijo, y la idea de imaginarse con él la angustia. El hecho de que ella ya no esté con la persona con quien compartía su vida en esa época le ayuda a afirmar: «Ese hijo hubiera arruinado mi vida».

Elsie tiene 31 años. Está casada y, por supuesto, la pregunta está en boca de todos: «¿Entonces? ¿Cuándo van a tenerlos?». Esta pregunta, formulada con tanto entusiasmo, siempre provoca un tsunami en ella. «Yo no quiero hijos. Mi vida está completa. Amo mi vida, la libertad que me brinda a mí y a mi pareja.

¿Y si un día me arrepintiera? O peor, ¿y si tuviera un hijo por miedo a arrepentirme de no haberlo tenido, y luego me arrepintiera de ese hijo vivo, presente? Entonces, ¿qué haría? ¿Qué se hace?».

Elsie es una joven franca, alegre, espontánea. Sabe también que cuando sencillamente dice: «No tendré hijos», la guillotina cae. La incredulidad en la mirada de los otros. El asombro, la incomprensión, en ocasiones una especie de compasión. ¿Cómo es posible que una mujer no quiera tener hijos? ¿Cómo puede estar satisfecha sin ese pequeño ser que mejorará su vida? Y no falta quien diga: «Ya verás cuando seas madre, ¡lo sabrás! Entenderás lo que te digo». «De acuerdo, entonces ¿ya no seré una mujer con un hijo, sino una madre? Ya no seré una persona, sino solo una función?», responde sistemáticamente a sus interlocutores.

Todos estos comentarios tienen un mensaje claro: una mujer sin hijos no es una mujer. Una mujer sin hijos no comprende la vida. La existencia de la mujer no es nada sin hijos. Elsie piensa que la función de ser madre eliminaría a la persona que ella es hoy. Esta idea la paraliza. Se niega a ponerse ese disfraz mal ajustado que jamás le quedará bien. Para ella, es uno u otro. Ser ella misma o ser madre.

Lo que exaspera a Elsie por sobre todas las cosas es esa facultad que tienen las personas de nunca ponerse a pensar si su marido querría un hijo. Todo el mundo está convencido de que es ella, la mala mujer, quien obliga a su marido Joris a no querer tener uno. Nadie se pregunta si, simplemente, él quiere «lo mismo que ella». ¿Es absurdo que él también ame su vida sin presiones y que esté satisfecho con su amor de pareja?

«No somos uno, sino dos seres distintos. Y de cualquier forma, jamás quise tener un hijo. ¡Tú lo sabes! Ni jugar a las muñecas. Acuérdate de que siempre preferí los Lego, dibujar, patinar sobre hielo en los canales cuando se congelaban», me dice ella en una de mis visitas a los Países Bajos.

Comprendo que mi amiga prefiera dejar que la niña que fue siga viviendo en

ella. Cuánto la comprendo, yo todavía tengo recuerdos vívidos y con frecuencia muy precisos de mi infancia. Sin embargo, trato de percibir en qué son incompatibles los dos.

«Soñar con tener un hijo, o no…». Lo soñamos, lo deseamos, lo imaginamos. Los futuros padres construyen su proyecto de hijos según un plan de vida adecuado a ideales personales, familiares y sociales, y después, en muchos casos, el embarazo llega y hace caso omiso al proyecto programado, dando así libre curso a sus deseos inconscientes.[9]

Niña, niño, pelo rizado, ojos verdes, gran sonrisa, divertido, fuerte, esbelto, travieso y sabio… Pero resulta que no. Es rubio, de ojos azules, tiene manos grandes de ladrón, pero correrá rápido porque tiene los pies grandes.[10] Será un poco gruñón, como su padre. Y sobre todo, no jugará en la sala porque ese es el espacio de los padres. No va a dejar sus cosas tiradas por todos lados.

El día del nacimiento todo cambia radicalmente. El niño de nuestros sueños y nuestros principios cede su lugar a este niño real. La dificultad para los padres consiste en tener que conciliar la coexistencia de su hijo imaginado y de la cosita que acaba de cambiar su vida cotidiana. Mi gran idea de que mis hijos jamás jugarían en la sala estalló en mil pedazos ¡desde que mi hija comenzó a gatear! Y francamente, este principio, que venía de mi padre, y que él sí cumplió durante toda nuestra infancia, fue imposible mantenerlo.

La experiencia de la maternidad no se anticipa. Más allá de la intuición, ninguna mujer puede saber qué tipo de madre será, ni tampoco qué tipo de hijo engendrará. Por más que la mujer en ocasiones pueda sentirse ilusionada con su maternidad, imagine sentirse plena con un hijo, muy pocas son quienes finalmente alcanzan el nirvana las 24 horas del día, todos los días de la semana, cuando están frente a frente con su bebé. Esas madres existen, por supuesto, pero no son multitud. Las demás tienen miedo al fracaso, miedo de no estar a la altura de sus hijos, pero ¿cómo saberlo sin experimentarlo antes? ¿Cómo estar seguras de que tomamos la buena decisión? ¿Vale más vivir con el remordimiento que con el arrepentimiento? ¿De qué sirve posponer la llegada de un hijo cuando se presenta? Cuando yo estaba embarazada, el padre médico de un amigo me dijo: «Hay que estar un poco loco para tener un hijo, y nunca se reúnen las condiciones ideales».

Cuando estoy a punto de terminar la escritura de este libro, recibo un correo electrónico de mi amiga Elsie.

Lieve Stéphanie:

Me acabo de enterar de que finalmente estás escribiendo un libro sobre el arrepentimiento de ser madre. No resisto las ganas de darte una gran noticia. Podríamos decir que en ocasiones el destino nos reserva sorpresas increíbles… Estoy embarazada. ¡Sí, señora!

Y pasada la sorpresa de la prueba positiva de embarazo, debo admitir que estoy un poco eufórica. Vuelvo a leer nuestros correos y todo regresa como un búmeran… Ahora, heme aquí encinta, feliz y al mismo tiempo temerosa. Temerosa por la idea de arrepentirme rápido de todo esto…

Recuerdas que en 2011 aborté. Hace diez años exactamente, también en mayo. Eso me afectó y me hundió en una profunda tristeza. No imagino volver a pasar por eso, y decidí entonces aceptar el riesgo de arrepentirme de esta maternidad… Continuará.

Goetjes an de familie.
Elsie

Me dejó estupefacta. Elsie prefiere entonces correr el riesgo de arrepentirse de tener un hijo que no tenerlo. ¿Qué fue lo que realmente hizo que se inclinara la balanza en favor de esta decisión?

Cuando estaba realizando un documental sobre los «hermanos salvadores»,[11] esos embriones concebidos «a la medida» para salvar a un hermano o una hermana enferma, gracias a las células madre presentes en el cordón umbilical, interrogué a Nelly Achour-Frydman, profesora de biología de la reproducción en el hospital de Clamart. Ella recibe a padres angustiados, y me hace pensar

en la pregunta: ¿por qué tenemos un hijo?

¿Es por amor a la pareja? ¿Para perpetuar el apellido y sus valores? ¿Por casualidad, después de una noche de copas? ¿Para obtener una nacionalidad? ¿Para darle sentido a la vida? ¿Para salvar nuestra pareja? ¿Para calmar el hastío? ¿Para no estar solos cuando seamos viejos? ¿Para recibir el afecto que nos hace falta? ¿Por elección religiosa o ética? ¿Para que el niño lleve a cabo lo que nosotros no pudimos realizar? ¿Para por fin sentirse adulto y responsable? Entonces, ¿por qué no para salvar a un niño enfermo? Curiosamente, esta última razón es difícil de aceptar en el seno de nuestras cámaras, entre ciertos senadores y diputados.

La elección de ser madre requiere reflexión. Traer un hijo al mundo es un compromiso a largo plazo que implica hacer de esa elección una prioridad. Es una responsabilidad para toda la vida, y trae consigo cambios familiares, domésticos, de pareja, profesionales y financieros. «La decisión de fundar una familia deriva en mayor medida del afecto y del marco normativo que de la toma de conciencia de las ventajas y los inconvenientes».[12] En realidad, tener un hijo pesa más que negarse a tenerlo.

Estos mandatos de la sociedad no solo obligan a las mujeres a procrear para la supervivencia de la especie, a «darle un sentido» a sus vidas, a hacerles creer que, una vez que sean madres, serán verdaderas mujeres, que se les tomará en serio, y lo que es peor aún que no desear tener un hijo, según el mandato supremo, es que si esta condición de madre no les sienta bien, deben callar. Para siempre.

NOTAS

9. Alvarez, L. y B. Golse (2020). *La pshychiatrie du bebé*. Colección Que sais-je?. París: puf.

10. Pennac, D. (1987). *La fée carabine*, Gallimard. [Pennac, D. (2016). *El hada carabina*. Madrid: Debolsillo].

11. «L'enfant du double espoir» («El hijo de la segunda esperanza»), France 5, producido por Illégitime Défense, febrero de 2021.

12. Badinter, E. (2011). *Le conflit. La femme et la mère*. Le Livre de Poche. [Badinter, E. (2011). *La mujer y la madre*. Trad. Montse Roca. Madrid: La Esfera de los Libros].

3

Coline, la elección imposible

Después de recibir el correo de Elsie, de inmediato pensé en la historia de Coline, como si pudiera ser la continuidad del caso de mi amiga.

Coline, quien parece tener apenas 40 años, aunque tiene diez más, me citó en su departamento de soltera en París. Me gustó mucho la idea de que tuviera ese refugio bajo los techos de la ciudad. Esa *habitación para ella misma* a la que acude a escribir cuando no le toca cuidar a su hijo.

Entramos directamente en materia. Coline se dejó llevar, como a ella le gusta decir. Desde siempre ha estado poco dispuesta a tener hijos.

«Me acercaba a los 40 años, todo el mundo a mi alrededor tenía hijos. Yo era la última de la banda. Mi hermano, a quien mi madre siempre ha amado más que a mí, ya tenía dos, y junto con su mujer exhibían una felicidad fastidiosa. A los ojos de mi familia, yo era la fracasada. Me veían y se preguntaban: "¿Cuándo se hará responsable? ¿Qué hace? Está dejando pasar su vida". Decidí tener un hijo por puro desafío.

»Yo estaba con un muchacho amable que ya tenía dos hijos. Parecía que se ocupaba bien de ellos. Cuando le tocaba cuidarlos, dos fines de semana al mes, yo dibujaba o hacía actividades con ellos y les contaba historias de la mitología griega. Pero eso era todo. Él vivía en Lyon y yo en Reims. Mi empleo era de tiempo flexible. Lográbamos vernos a pesar de la distancia.

»Cuando se acercaba mi cumpleaños 42, una amiga ginecóloga me dijo: "Anda, ten un hijo. Es el momento. Voy a mandarte a hacer un estudio para ver si tus ovocitos todavía sirven". Resultó que todavía era fértil. Entonces dejé de

tomar la píldora sin decirle a mi pareja. Yo podía hacerme responsable de la cuestión económica. Tenía miedo de mi reloj biológico. Y entonces me embarazo después de una semana.

»Yo diría que el inicio de la carrera de obstáculos comenzó cuando estaba en el baño, con las piernas abiertas y con orina en los dedos, cuando hice la prueba de embarazo y comprendí que acababa de echarme un hijo a cuestas.

»Llamé a mis amigas y durante las primeras semanas harté a todo el mundo. Todo esto estaba sucediendo demasiado rápido. Había esperado 43 años, 25 tomando la píldora. Y en una semana me había embarazado.

»Traté de entender qué era lo que me estaba pasando, por qué no me sentía bien. Tenía la impresión de estar perdida. Mis pensamientos rondaban por el lado oscuro de mi personalidad, los antojos repentinos me asaltaban; quería desaparecer, me zumbaban los oídos, quería lastimarme, irme a los extremos para no sentir nada, beber, fumar, salir, dejarme llevar.

»Consulté curanderos, quiroprácticos, psicólogos. Pensé en abortar, pero al día siguiente me decía: "Voy a quedármelo". Hacía una cita de urgencia para consultar a mi ginecólogo y salía corriendo del consultorio al ver a esas mujeres con los vientres redondos en la sala de espera y los pósteres de niños cachetones pegados a la pared. Volvía a pedir una cita, y de nuevo no iba. Eso lo hice cuatro veces. ¡Cuatro veces!».

Coline cambiaba de opinión según las conversaciones que tenía con unos o con otros, sus amigos y los profesionales de la salud. El último con quien hablaba tenía siempre la razón. Ya no tenía ninguna libertad mental. Volvía a recordar su infancia, la relación con su madre, el miedo a reproducir esa relación disfuncional en la que ella mendigaba su amor.

Al cabo de dos meses y medio de darle vueltas, Coline se decidió. Abortaría. Pero el plazo para practicar el aborto en Francia, 12 semanas de embarazo, ya había pasado. Sin dudarlo hizo una cita en Bélgica. Era fácil, solo tenía que cruzar la frontera. Allá se puede abortar hasta las 14 semanas.

«Me cité con una amiga a las nueve de la mañana para tomar un café en la estación de trenes. Ella se había ofrecido a acompañarme a Bruselas. La hora de la salida del tren se acercaba, yo estaba bien instalada en la banca, el ruido de la estación retumbaba, hacía calor adentro y afuera helaba. Yo bebía mi té y hablaba con mi amiga de distintos temas. De pronto le dije: "Aquí estamos bien. No pasa nada, no iremos". Y le seguí contando de la última exposición que vi en París».

Al día siguiente, en Reims, Coline hizo una cita de urgencia con una psicóloga especializada en agotamiento extremo.

«Ella me preguntó: "¿Qué significa para usted el aborto?". Respondí que tenía la sensación de que iban a arrancarme a mi bebé. Al decir esto me sentí aliviada, incluso conmovida. Quizá por fin me había salido el "instinto maternal". Mi vida estaría mejor. Un hijo. Quizá me colmaría… al fin.

»Me mudé a Lyon. Me instalé en casa de Serge. Él estaba contento con la buena nueva. Tuve a mi bebé, no hubo problemas con el parto y, en el momento en el que lo tuve en mis brazos, supe que me arrepentía. Pero era demasiado tarde. Me quedé otros seis meses con el padre del niño. Era tan amable, tan atento, que me asfixiaba. Así que lo abandoné. Lo tomó muy mal. No quiso volver a verme durante año y medio, ni a su hijo tampoco.

»El arrepentimiento que sentí me hizo recordar mi infancia y a mi madre. Ella era muy hermosa. Conmigo se quebró. Tenía 23 años. Quiso escapar de su familia casándose joven; de hecho, igual que mi padre. Ella se casó en lugar de terminar la preparatoria. Mi madre era lo que podríamos llamar una niña-madre; carecía dolorosamente de madurez. Mientras que mi padre era muy cariñoso y amable».

La madre de Coline jamás la tomó en sus brazos ni la consoló, incluso jamás le sonrió. Por eso, la pequeña hacía todo para llamar la atención de su madre. Asumió el disfraz de chistosa, en ocasiones imprudente, otras irascible, con frecuencia adorable. No servía de nada: su madre había caído en depresión al momento de su nacimiento —eso le dijo su familia—, y la pequeña se sentía responsable de su malestar. «Tenía la sensación de que no era amada, y

rápidamente, a los tres o cuatro años, concluí que tener un hijo te enfermaba».

Cuando el vientre de su madre empezó a redondearse y Coline comprendió que un hermanito o una hermanita venía en camino, sintió miedo por ella y por su madre. ¿Habría que redoblar esfuerzos para evitar que su madre se fuera a pique? «Contra toda expectativa, con mi hermano se comportó muy diferente: fue amante y protectora. Pero en el momento en que posaba la mirada sobre mí, su sonrisa desaparecía y yo no tenía derecho al amor que le daba a mi hermano. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía 12 años, y fue entonces cuando me sentí muy sola. Sola entre mi madre, que no me amaba, y mi hermano, a quien ella amaba demasiado».

Coline no se esconde. Habla de eso, ríe, escribe y vive. Ella acepta totalmente el arrepentimiento de ser madre. Siente que empieza a caer en un abismo desde unos días antes de que su hijo regrese a casa, los lunes cada 15 días. «Desde el domingo, cuando sé que mi hijo vuelve al día siguiente, me da una crisis de angustia. Sé que va a empezar una semana en la que no podré hacer nada. Todo es demasiado complicado. Un hijo es un tirano». El tirano se llama Gaston y es rubio, de cabello rizado, es guapo y muy amable. «Es el retrato de su padre, pero cuando lo veo me digo que bien podría prescindir de él y recuperar mi vida de antes. Aquella época en que tenía amantes, tiempo para hacer lo que yo quisiera, como yo quisiera, cuando yo quisiera».

Coline duda todo el tiempo de todo, quiere hacer las cosas bien. Es conmovedora. Quiere lo mejor para su hijo, pero ella ha cambiado. Se ha vuelto insoportable: «Arregla tu recámara. ¿Ya hiciste la tarea? Recita el poema. ¿7 × 8?». Se transformó en alguien que no quiere ser. Entonces empieza a idear algún plan, recuerda ese tiempo bendito en el que no había ningún obstáculo para su libertad de movimientos. Aparte, es difícil ser madre soltera, incluso cada 15 días. No es su padre quien lo lleva a las consultas médicas, a la peluquería; quien asiste a las reuniones de la escuela, compra los regalos para los amigos, el material escolar; quien prepara la comida para las salidas escolares, quien lo acompaña a la clase de música y de judo, incluso cuando no le toca a ella. La semana en la que está en casa de su padre saca

buenas calificaciones porque la semana anterior estudió con «mamá», y en casa de Coline saca las malas, porque en casa de su padre juega con la PlayStation y ve la televisión. «Me he convertido en la madre insoportable. Anticipo todo, voy siempre varios pasos adelante. Es agotador. Aparte, lo que menos soporto son todos esos mandatos de ser una madre bondadosa, que están en todos los manuales sobre la maternidad».

Entonces Coline sueña con otros horizontes. Imagina que se va. La idea le ha pasado por la cabeza cuando ve que su hijo aplasta las frambuesas sobre el pan y embarra chocolate encima. Cuando juega con sus tarjetas de Pokémon y las remoja metódicamente en el yogur para pegarlas en la pared. Esa noche irá a pasear cuando él ya esté dormido.

Observa a su hijo dormir como un ángel en medio de sus peluches, la lamparilla de noche está prendida, se inclina sobre el rostro apacible del hijo y besa su mejilla regordeta, lo cobija bien hasta los hombros y cierra con cuidado la puerta de la recámara, que rechina un poco. Habrá que engrasarla. Después, Coline se pone los tenis, su chamarra azul de algodón, toma su bolso que está sobre la mesa de la entrada, abre la puerta y la cierra con llave, nunca se sabe, baja las escaleras y llega a la calle.

> No hubiera debido. Nunca hubiera debido ir tan lejos. Está loca. Desde el momento en que bajó a la estación del metro lo sabía. Desde que la puerta del vagón se cerró frente a ella y que, inexorablemente, se alejaba del pequeño. Ya en el andén sentía calambres. ¿A qué juega? Hay unas normas de seguridad que jamás debió cruzar. Es la última vez.
>
> Avanzar. Si regresa, todo se va al carajo. Cada estación es un puñetazo. ¿Y si el metro se descompusiera? Finalmente no cambió nada de su programa. Bajó en la estación Bellecour y tomó la dirección del río Saona.
>
> Bajó a toda prisa las escaleras que llevan al muelle. El agua, el agua inmensa. Sus talones húmedos sobre el puente, besos

> mojados.
>
> El Saona está crecido esta noche, ancho. Unos centímetros más y se desbordará.
>
> Camina por la pasarela roja, la pasarela de los enamorados. Montones de candados, de talismanes a lo largo de las rejas rojas. Cristophe, te amo. Lou + Camille. Pablo y Yasmina. Jocelyne y Fabrice. Para siempre.
>
> Llueve, tanto mejor.
>
> Muy pronto su cabello estará empapado, se quita la liga que lo sujeta. Lo libera con un brusco movimiento de cabeza.
>
> Siente sus piernas, sus muslos.
>
> Su espalda, su nuca.
>
> Tener un cuerpo.
>
> Un cuerpo sin hijos que se resiste a tenerlos. Un cuerpo sin una carriola pegada. Eso le había parecido extraño en las primeras salidas. Se había sentido desnuda, vulnerable. Como si le hubieran amputado algo, una prolongación casi natural de ella misma.
>
> Pero esa noche se siente ligera, ligera.
>
> Avanzar. A su propio ritmo, no al paso lento, siempre desfasado, del niño. Reintegrar su cuerpo. Su vida.[13]

Coline hizo lo que la heroína de ese libro que vi en su mesita de noche. Se marchó. En realidad no muy lejos. Solo hasta el patio. Bajó la basura y volvió a subir rápidamente. Abrió la puerta de la recámara del niño para asegurarse de que respiraba y seguía dormido.

Continúa hablando: «En la ecografía me sentí aliviada al saber que era un niño. Me dije que por fin rompería el ciclo de las madres locas de la familia. Mi madre es bipolar, mi abuela era maniacodepresiva. Mi hermano, para tranquilizarme, me dijo: "Es francés, tendrá seguridad social y, en el orden mundial, le irá bien". Sin embargo, lamento tanto haber tenido a este hijo. Lo

amo. Al primero que lo lastime, lo mato, pero cómo extraño mi vida de antes. Me pesa esta responsabilidad de cada instante, este miedo que me tortura incansablemente».

Temo que Elsie haga lo mismo en algunos años. Pensé en contarle la historia de Coline, pero muy pronto cambié de parecer. Como Coline, mi amiga jamás deseó un hijo y, a pesar de todo, entró de lleno a la aventura de la maternidad. La comparación se queda ahí. Cada historia es única.

Elsie y Coline cuestionaron su deseo de tener un hijo, recurrieron a la píldora anticonceptiva y al aborto, dos progresos sociales que les permitieron a las mujeres controlar la procreación. En adelante, a las mujeres que se convierten en madres se les dice: «Tú lo quisiste, tú lo asumes, tú te encargas». El arrepentimiento es mucho menos audible. De este modo, las madres se autoimponen una presión extrema para responder a las expectativas sociales. Y cuando el hijo llega, se imaginan que no tienen más opción que ser madres perfectas y que todo debe tratarse de él. Hace 100 años, aún en tiempos de la abuela Vonne, se tenían hijos y, mal que bien, crecían. La presión era menos fuerte, sobre todo sin la imagen de la familia ideal.

En nuestros días, a partir de que se anuncia oficialmente el embarazo a conocidos, familia, amigos y colegas, cada uno tiene algo que decir, una anécdota que contar, unas recomendaciones que dar, o también, algunas advertencias sobre el tema. Y una vez que el vientre va creciendo, la situación sobrepasa al círculo íntimo y puede opinar una anciana en la fila en el supermercado, un chofer de taxi o una mesera en un restaurante.

La intención es siempre buena, pero es intrusiva y una fuente de angustia durante todo el embarazo, y luego, la cantidad de kilos que se engorda, la toxoplasmosis, el chupón, la maternidad, la lactancia… Tantos temas que cuestionan y atormentan a los padres, pero que inquietan, como podemos constatar, a toda la sociedad. Elisabeth Badinter describe muy bien este proceso: «La futura mamá ya no se pertenece a sí misma».

NOTAS

13. Fives, C. (2018). *Tenir jusqu'à l'aube*. Gallimard.

4

Aïna, una futura madre que ya no se pertenece

Conocí a Aïna durante una capacitación en Pôle Emploi.[14] Parecía relajada. La capacitación se había alargado y ella miraba sin parar la hora en su celular. Me imagino que debe ir a recoger a su hijo a la escuela. Aprovecho cuando se dirige a la salida para marcharme también y salgo con ella. Mientras subimos por el bulevar en dirección al metro, Aïna, quien necesita hablar, me cuenta que vino de Madagascar para continuar sus estudios en Francia a finales de la década de 1990. Dos de sus hermanas están instaladas en el sureste de Francia. Me parece alegre y dinámica. Es fácil hablar con ella.

De una cosa a otra, acabamos hablando de los hijos, del embarazo, de los pequeños inconvenientes, y uno de sus comentarios me asombra: «A partir del quinto mes mi vientre se hizo público. Como si yo desplegara mi vida sexual a los ojos del mundo».

En las tiendas, Aïna no soportaba a los peatones que se permitían tocarle el vientre sin pedirle permiso, como si fuera un «bien público», al tiempo que la cuestionaban con una gran sonrisa sobre cómo iba su embarazo o para saber cuántas semanas tenía. A sus ojos, ese vientre redondo era indecente.

Aïna me habla de las personas cercanas a ella, o incluso a veces de desconocidos, que expresaban sus opiniones sobre la alimentación de la futura madre u otras cosas, recordándole que era malo fumar, beber alcohol o comer mariscos. La sociedad en su totalidad se inmiscuye, se apropia del cuerpo de las madres.

Aïna me cuenta de su vida en su país. Evoca su isla, a sus hermanas. Me

explica que en Madagascar, cuando uno se convierte en madre, cambia de posición. «Ya no te llaman “Aïna”, por ejemplo, sino “la mamá de Jules”. En muchas sociedades, a las madres se les consiente al menos durante un mes. En Madagascar, toda la familia está a tu alrededor. Aquí, en Francia, nos regresan a casa y ¡listo!, ¡arréglatelas tú sola!».

Cuando Aïna tenía unos 30 años se enamoró. Muy pronto quiso tener un hijo con ese hombre. Él había sido muy claro: ni hablar del tema. Decepcionada, acabó con la relación. Tres años después conoció a François. Una relación hermosa y ligera. Aunque no había un verdadero compromiso, Aïna esperaba que su relación se convirtiera en una unión más seria.

«Tomé la píldora durante años, pero cuando conocí a François ya había dejado de tomarla desde hacía algunos meses. Yo era soltera. Entonces usábamos la anticoncepción natural: o él se salía o se ponía un preservativo. Me estaba arriesgando a embarazarme. Nos veíamos ocasionalmente. Era mi amante. Yo lo quería. Tenía 35 años, y mi ginecólogo ya me había dicho que se me terminaba el plazo y que entre más esperara, menos fértil sería. Una noche François no se puso preservativo, y tres semanas después descubrí que estaba embarazada. Él, con quien estaba desde hacía más de un año y que ya era padre, me dijo: “Haz lo que debes hacer, aborta”. Esta frase hiriente e inapelable me lastimó terriblemente.

»Yo no quería tener un hijo sola. Criar a un hijo sin padre era impensable. Entonces pensé en abortar, a pesar de que mi educación religiosa me lo prohibía. Crecí en la fe católica. Todos los domingos íbamos a misa a las siete de la mañana. En el trópico, es el mejor momento. Mi madre se ponía su mejor ropa y un sombrero. Nosotros, los niños, íbamos muy acicalados, todos en familia a la iglesia. Era una fiesta.

»Me criaron con la idea de que, como mujeres, nuestra misión era garantizar el futuro de la humanidad. En una sociedad como la de Madagascar, por ejemplo, una “buena mujer” es una “buena madre”. Solo siendo madres nos desarrollamos plenamente.

»Cuando le dije a mi madre que estaba embarazada, que el padre no quería que lo tuviera y que pensaba abortar, ella me exhortó a no hacerlo, dijo que Dios lo prohibía y que ella iba a ayudarme. No hizo nada. ¿Qué podía hacer

ella, que vivía en Madagascar y yo en París? Por otro lado, ella jamás se ocupó de sus hijos. Mi padre nunca estuvo presente, y mi madre era una mujer misógina con su lado macho. "Las mujeres solo traen problemas", decía. Ella solo amaba a sus hijos. A uno en particular: el primogénito, Joseph. Yo era la sirvienta de mis hermanos y de mi padre. Y cuando yo me rebelaba, me reprendía con severidad. Yo no entendía por qué una mujer debía ser la esclava de los hombres. Tenía sed de independencia e igualdad en los géneros, aspiraciones muy alejadas de lo que sucedía bajo mi techo cuando era niña».

Aïna me explica entonces las condiciones del aborto en Madagascar. Ya sea espontáneo o provocado, el aborto se castiga con diez años de cárcel. Cada día, tres mujeres mueren por practicarse un aborto. Aïna perdió a una de sus amigas de infancia, que murió por la interrupción voluntaria de un embarazo que no salió bien. Órganos perforados, hemorragias u otras complicaciones, las condiciones de la intervención con frecuencia son insalubres. El aborto es una cuestión de salud pública de peso en Madagascar. El tema es tabú en un país en el que la religión domina en la sociedad, y la anticoncepción depende de la buena voluntad del marido. Una mujer debe tener el consentimiento de su esposo si desea tomar la píldora. Aïna está empapada de todas estas historias, y moldeada con esa creencia propia del sector católico: «Abortar es matar a tu hijo».

«A pesar de todo, unos días después mi amiga Anne me acompañó a planificación familiar, en la calle Vivienne, en el segundo distrito de París, cerca de mi lugar de trabajo. Necesitaba conocer el procedimiento por si decidía abortar.

»Me encontré con un médico muy atento que no hizo ningún juicio y que me explicó todo lo que sucedería si tomaba la píldora abortiva. Después de dar mi consentimiento, tenía una semana para pensarlo en caso de que cambiara de opinión. Después tendría que tomar una primera píldora en el consultorio del ginecólogo. Y la segunda, al día siguiente, en mi casa, y esperar las contracciones hasta que expulsara al embrión.

»Después de la semana de reflexión regresé a la oficina de planificación

familiar, esta vez sola. Había dormido muy poco en los días anteriores, presa de dudas y de angustia. Había hablado mucho con François para tratar de convencerlo de que formáramos una familia, aunque ni yo me lo creía del todo. No quiso saber nada. Desapareció de mi vista después de eso. Nunca más supe nada de él ni respondió a mis llamadas. Mi angustia era inmensa. Pero la decisión de abortar solo me pertenecía a mí. Tenía que afrontar sola esta prueba. Imagino que parecía aturdida cuando llegué a tomar la primera píldora; miré a todo el mundo, como para grabar ese momento en mi memoria. Después, como autómata, di media vuelta».

Aïna no pudo «deshacerse» de ese hijo que llevaba a pesar de estar convencida de que esa era la única salida posible. El peso de los años de educación y de la enseñanza religiosa, y el miedo a que todo saliera mal, la disuadieron. Aïna regresó a su casa. Los días y las semanas pasaron tranquilos, hasta su octavo mes, cuando todo volvió de nuevo.

Con el paso de los años Aïna había terminado por no pensar más en lo que había sucedido. Enterró sus recuerdos en el fondo de ella misma.

Conforme su vientre crecía, la angustia de tener a ese hijo la oprimía, la invadía un sentimiento cada vez más sombrío. No lograba comprender por qué. Tenía pesadillas con frecuencia, se despertaba empapada en sudor y no se acordaba de nada. Un mes antes de la fecha prevista para el parto, el recuerdo volvió. La golpeó como si fuera una bomba. No está segura de cuál pudo haber sido el detonador. Sin embargo, sabía que su recuerdo era real: «Mi hermano mayor, Joseph, abusó de mí y de mi hermano pequeño».

«Hablé con mis hermanas que, como yo, vivían en Francia. Quedaron devastadas. Fueron de inmediato a Madagascar para hablar con mis padres. Mi padre no lo sabía. La noticia lo destrozó.

»Pero mi madre, ella sí lo sabía. Les dijo a mis hermanas, sin dejar de cocinar, como si eso no tuviera importancia: “Tampoco hay que exagerar. ¿Para qué hablar de ello? Lo que pasó, pasó”. Después, explicó que lo importante era proteger a nuestro hermano mayor. Según mi madre, cuando era adolescente mi hermano tenía “grandes necesidades sexuales”. Había que comprenderlo, hizo lo que pudo con lo que tuvo “a la mano: los más pequeños”».

Aïna está atónita, no comprende por qué su madre, que se suponía debía protegerla, había adoptado esa actitud. ¿Por qué Aïna tendría que dejar atrás esas agresiones, olvidarlas por el «bien de la familia»? ¿Por qué el incesto de su hermano se puede disculpar, en tanto que Aïna debe «echarlo al pozo»?

La sociedad o el clan familiar autoriza, o no, ciertos recuerdos. Podríamos decir que existe una instrumentalización inconsciente de la memoria. Algunos están autorizados, otros no. Los hechos a veces son revisitados para mantener una suerte de paz social. Volver a revivir el recuerdo tan doloroso de Aïna sería arriesgarse a sacudir toda la estructura familiar.

Aïna y Faly, su hermano menor, fueron violados regularmente por el hermano mayor, desde los seis hasta los 11 años. Aïna puso fin a eso cuando un día encontró la fuerza de gritar y escaparse de su control. Joseph tuvo miedo y dejó de hacerlo de un día para otro. Muy pronto se fue de la casa y se instaló en otro lado. Faly se fue a vivir a Nueva Zelanda después de terminar la escuela. No tuvo hijos.

«Hoy lamento terriblemente no haber logrado abortar, no haber tenido el valor, haberme dejado llevar por mi educación católica y no haber seguido mi instinto. Pero que quede claro que amo a mi hijo, por supuesto. Él no tiene la culpa de nada. Solo yo, que soñaba con la libertad. Yo quería vivir sin presiones. Me siento engañada».

En esta conversación me entero de que su nombre, Aïna, quiere decir «la vida» en malgache. Esto me deja pensativa. Aïna retoma la conversación y termina su relato: «Me pregunto si Joseph se arrepiente de lo que nos hizo padecer a Faly y a mí».

«Al igual que otros sentimientos, el arrepentimiento es una postura emocional subjetiva que refleja los valores, las necesidades, decisiones y la historia personal de una persona, pero al mismo tiempo se forma por el entorno, sigue

el marco de la sociedad y su expresión o inexpresión tiene una relevancia social».[15] En un tribunal, con frecuencia el arrepentimiento es apreciado, los abogados de los detenidos los exhortan a ello. Es la prueba de una toma de conciencia de sus actos, sirve como disculpa. El arrepentimiento se acompaña a menudo de sufrimiento y tristeza. Una doble pena en sí misma que equivaldría a la condena final.

Por el contrario, quien no se arrepiente frente a sus jueces, y de cara a su víctima se convierte en un monstruo que carece de discernimiento en cuanto a la realidad de sus delitos, incluso podría padecer trastornos mentales.

Las tres religiones monoteístas bañan a sus adeptos en las fuentes del Bien y el Mal, de la Culpabilidad y el Perdón. El arrepentimiento es un sentimiento moral que, cuando se expresa, puede absolver los malos pensamientos y las acciones reprobables. Pero es muy difícil, si no es que imposible, tanto para la religión como para la sociedad, aceptar que sea un acto reprobable el nacimiento de un hijo. Por eso el arrepentimiento es inconcebible cuando se relaciona con la maternidad. Estos preceptos modelan inconscientemente las mentalidades. Lo mismo sucede con el mito de la «buena madre», inspirado por el juicio de Salomón en la biblia hebrea, que pesa sobre la espalda de la madre durante toda su vida y la de sus hijos.

Dos mujeres —la historia dice que son prostitutas porque nunca se menciona a un padre o a un marido— reclaman al mismo niño. Viven bajo el mismo techo y parieron con unos cuantos días de diferencia. Uno de los niños muere durante la noche, y de inmediato, a escondidas de la otra mujer, su madre lo intercambia por el niño que está vivo. En la mañana, la madre engañada no reconoce al niño muerto que está a su lado. En la disputa surgen con igual medida el dolor y el enojo de estas dos mujeres. Para resolver el asunto, deciden apelar a la justicia del rey Salomón. Después de escucharlas, el rey propone cortar al niño vivo en dos partes iguales y darle una mitad a cada una.

> Entonces la mujer de quien era el hijo vivo, habló al rey […] y dijo: «¡Ah, señor mío! Dad a esta el niño vivo, y no lo matéis». «Ni

a mí ni a ti; partidlo», dijo la otra. Entonces el rey respondió: «Entregad a aquella el niño vivo, y no lo matéis; ella es su madre».16

La buena madre es aquella que renuncia a su deseo de tenerlo para poder salvar al hijo; la mala es aquella que se deja llevar por la rivalidad hasta el punto de sacrificar al niño.

NOTAS

14. Agencia gubernamental francesa de colocación [N. de la T.].

15. Donath, O. (2019). *Le regret d'être mère*. París: Odile Jacob, cap. 3. [Donath, O. (2017). *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*, cap. 3, México: Penguin Random House].

16. *1 Reyes 3:26-27*. Reina-Valera, 1995 (RVR, 1995).

5

Clara, el mito de la «buena madre»

Muchas mujeres viven su maternidad como un conflicto doloroso. Se sienten divididas entre el deseo de «hacer las cosas bien» para su hijo, y sus deseos personales; escindidas entre el individuo egoísta que todos llevamos dentro y el mito de la madre perfecta que se consagra en cuerpo y alma a su pequeño, o a sus pequeños. Para ellas, el niño no es la fuente de plenitud esperada y se vuelve un obstáculo para su desarrollo personal. No llegan a conciliar ambos intereses.

A menudo, en el imaginario colectivo la función parental exige la autoentrega, una forma de abnegación total. Durante mucho tiempo se criticó a las madres que tenían muchas cosas que hacer, porque no respetaban «el tiempo de su hijo», o bien porque deseaban meterlo demasiado pronto a la guardería. La maternidad se vive entonces como un deber y no como un placer. Es todo o nada. Una gran idea impuesta por la sociedad acerca de las responsabilidades maternas que finalmente eliminarían los placeres y los beneficios que podrían obtener de ella.

Cuando Clara me escribió al día siguiente de cumplir 43 años para contarme su «arrepentimiento de ser madre», enseguida me confió que debería haber cuestionado su deseo de tener un hijo antes de parirlo. Tiene tres, de 15, 13 y 9 años. Después hablamos largamente por teléfono en varias ocasiones.

Clara estaba condicionada a ser una «buena madre» desde antes. Una responsabilidad que ella asumió hasta el cansancio, incluso antes de hacerse madre. Cuando Clara tenía diez años, su madre dio a luz a otros dos hijos con

poco tiempo de intervalo entre ellos. Primero un niño y luego una niña. Su madre había pensado que la llegada de estos dos últimos pequeños la sacaría de la depresión latente por la que atravesaba desde hacía varios años. El padre de Clara trabajaba mucho, en una aseguradora.

Con sus diez años y decenas de pecas que le daban un aire de niña traviesa, aunque solo fuera la primogénita, Clara se hizo cargo de la casa, de su organización, de las compras, las comidas, los cuidados de los dos pequeños y, sobre todo, del bienestar de su madre. Siempre estaba disponible para ellos. Ella asegura no haber tenido adolescencia. Cuando sus amigos iban a patinar al parque que estaba junto a su casa, ella no les quitaba los ojos de encima a Julien ni a Louise, quienes no se cansaban de echarse por la resbaladilla y de reír. Después, en la noche, ella se encargaba de bañarlos, ponerles la piyama, y luego secaba el agua que habían salpicado en todo el baño. Los dos pequeños crecían bajo la mirada de una madre apática. Por la noche, el padre, cansado del día en la oficina o de buscar nuevos clientes, se aseguraba de que Clara hubiera cumplido con su misión de «madre sustituta», como la hermana grande ejemplar, y de que también hubiera revisado la tarea de los pequeños.

La madre de Clara, una mujer alta, elegante y de ojos tristes, se conformaba con estar ahí, en alguna parte entre su recámara y la sala. No se preocupaba por nada. No era una mujer plena. Ahora Clara cree que su madre lamentaba haber traído al mundo a los dos últimos, o peor, quizá se arrepentía de haberlos tenido a todos, pero esta idea le es insoportable. Por su parte, el padre prefería no agobiar a la esposa depresiva y se apoyaba en Clara para que llenara el lugar vacante que había dejado su mujer. Presionó a su hija para que se ocupara de su hermano y de su hermana, aunque fuera a costa de su realización personal como una joven adolescente. Clara tenía en sus manos dos muñecos vivos y que hablaban: Louise y Julien.

Clara cree que tuvo hijos sin haberlo pensado, porque proviene de una familia numerosa y no concebía vivir de otra manera. Ahora se siente atrapada en este papel. El año pasado se hizo consciente del malestar que la carcomía desde el nacimiento de su primogénito, después de leer el libro de Mona Chollet,

Brujas.[17] La autora puso en palabras lo que ella sentía.

Debido a «sus excesos», a esta «brutalidad que llevan dentro», las mujeres deben ser dominadas. Cuando dejaron de quemarlas como brujas que amenazaban a la cristiandad y depravaban a la sociedad, las enclaustraron. Recluidas en la casa o explotadas en tareas ingratas, no tenían acceso a los placeres del conocimiento, la exploración, la creación, la decisión, el reconocimiento, la autonomía.

Hoy, eso es lo que Clara siente: que se ahoga, que se asfixia, se funde, desaparece, se desmorona, se disloca y se desgasta con el paso de los años. Sacrificó a la persona que hubiera podido ser por el papel de madre y esposa. Nunca se dio tiempo para nada.

Desde que tomó conciencia, lo cual es difícilmente confesable, se siente más fuerte e independiente. Pero eso también la atormenta mucho. En su mente, la idea le da vueltas y vueltas. Ama a sus hijos, no es ni fría ni indiferente. Sin embargo, desde hace algunos años, con frecuencia sueña que ellos ya no están ahí, que han desaparecido. Por un segundo, en las mañanas cuando se despierta, se siente aliviada, ligera, libre; luego comprende que solo era un sueño.

Clara se siente atrapada. Haga lo que haga, siempre será la madre de alguien. Se siente tan sola. Sus gestos son mecánicos. En las mañanas, abre los ojos unos minutos antes de que suene el despertador. Se levanta más temprano que todos los demás desde hace tanto tiempo.

Cuando era joven, Clara soñaba con dejar Poitiers para ir a París a estudiar Bellas Artes. Tiene talento, y realmente hubiera querido cultivarlo, pero por desgracia no tiene tiempo. A los 17 años vio la puerta de salida de ese yugo familiar: Antoine. Iban juntos a la preparatoria. Ella lo amaba en secreto. No fue sino hasta cuatro años después que se hicieron pareja. Él se fue a París a estudiar y ella se quedó en Poitiers, donde obtuvo, en lugar del título de Bellas Artes, una licenciatura en Historia.

Clara platicó con su hermana menor acerca del tema del arrepentimiento de haber tenido hijos, pues Louise se lo preguntó. Duda sobre tenerlos. No tiene pareja, pero el asunto la atormenta. Quiere pesar los pros y los contras antes de lanzarse un día a la maternidad. Pero la conversación fue corta, ya que Clara se

sintió lastimada por la idea que su hermana menor tenía de ella.

«Ella me ve como a nuestros padres. La única diferencia que sí me concede, como mucho, es que yo trabajo, a diferencia de nuestra madre. A sus ojos, yo caí en el patético cliché del "sueño perfecto": un marido, una familia numerosa, una casa, un perro y una camioneta».

Esta visión que Louise tiene de ella la enfurece. En realidad, Clara está furiosa contra ella misma. Hubiera deseado tanto hacerse esas preguntas que su hermana le hace hoy. Pero repite, como para tranquilizarme, que ama a sus hijos, aunque no en esas condiciones en las que no existe para sí misma. ¿Al menos tuvo la posibilidad, puesto que la programaron para tener hijos?

Su historia me hace pensar en las muñecas. En la Antigüedad, los griegos utilizaban la palabra *koré* para designar a la vez a una muñeca y a una niña. En latín se dice *pupilla*, que se refiere también a la niña de los ojos. Alojada en el espejo del ojo, se puede considerar como la ventana del alma, donde se juegan las representaciones de sí y del otro. La muñeca no es solo un simple artificio, sino una realidad viva. El psiquiatra infantil británico Donald Winnicott habla de objetos transicionales, el pulgar, el oso de peluche o la muñeca, como sustitutos de la presencia materna.[18]

Más cerca de nosotros y desde hace 200 años, en Occidente, la muñeca es un instrumento de preferencia para despertar el «instinto maternal» de las niñas. A principios del siglo XIX, las muñecas tenían la apariencia de jóvenes elegantes, como para fomentar en las niñas las ganas de crecer y seducir. Después, en 1850, los fabricantes de juegos crearon muñecos asexuados. El éxito fue inmediato, la pequeña jugaba a ser mamá.

De la muñeca de trapo, para cuando les estaban saliendo los dientes, hasta la Barbie, el juguete es el único que sigue el crecimiento del niño y que se transforma con él. La muñeca promueve los juegos de roles y siempre está ligada al aprendizaje de las conductas femeninas estereotipadas: coser, limpiar, cocinar. La niña interpreta el papel de la madre o de las demás personas que se ocupan del niño (niñera, maestra, médico, enfermera). La muñeca desarrolla la imaginación y, como decía mi hermana, quien jugó mucho con ellas: «con el

muñeco, hablas; con la Barbie, la haces hablar».

Clara se convirtió en madre siguiendo el modelo de una madre debilitada y el de la «buena madre» que nos impone la sociedad. La buena madre es aquella que desea que su hijo viva y crezca en las mejores condiciones, incluso si él está lejos de ella. En la actualidad los psicoanalistas hablan de la «madre suficientemente buena» o de la «madre adecuada, sin más». Se trata de una mujer que encontró la distancia apropiada entre las necesidades reales del niño y sus propios deseos: ni demasiado presente ni demasiado ausente. Un gran arte que a menudo es difícil de controlar. Con *The good-enough mother*, Donald Winnicott desarrolla el concepto de una madre suficientemente buena para dar respuestas equilibradas a las necesidades del lactante, en oposición a una madre que no sería «lo suficientemente buena», que se anticipa en exceso a las necesidades del niño y no deja que este sienta la carencia, elemento esencial para la identificación del yo diferenciado de la madre.[19]

La intención de Winnicott, en su obra, no es culpabilizar a las madres: sus principios no constituyen un juicio ni se limitan a describir la persona de la madre, sino más bien la relación del hijo con un objeto materno, que puede, en parte, no necesariamente, estar relacionado con la persona física. Pero la angustia de ser una «buena madre» disminuye con el famoso «instinto maternal», del que estarían dotadas todas las mujeres y que les daría la capacidad de ser una mamá irreprochable.

Prácticamente todas las mujeres que conocí mientras escribía este libro dicen que no sintieron nada cuando les pusieron al bebé sobre el vientre, justo después del parto. No me parece nada sorprendente, debido a lo agotador que es todo el trabajo del parto.

Sin embargo, a algunas, lo primero que les viene a la mente, aunque es mucho más raro, es que supieron de inmediato, cuando su piel estuvo en contacto con la piel de su recién nacido, que se arrepentían de ese hijo. Es el caso de Coline, y también el de Giulia, el caso siguiente. El vínculo con un hijo

no se crea automáticamente. Se dice que el contacto con la piel del recién nacido favorece la relación madre-hijo, y que el desarrollo ulterior del niño será mejor. Se supone que los efectos espectaculares son la consecuencia de un «periodo sensible» en la mujer que acaba de parir, durante el cual ella está hormonalmente determinada a aceptar o rechazar a su hijo. La noción de un «periodo sensible» para el apego maternal se institucionalizó muy rápidamente, convirtiéndose en ocasiones en fuente de desesperación y culpabilidad para aquellas mujeres que no sentían nada al momento de parir ni mucho después.

En cuanto al instinto maternal, contrariamente a su nombre, que implicaría que toda madre estaría dotada de él, ya no hay ninguna duda de que es un sentimiento que se construye de manera cotidiana. Es evidente que no está grabado en los genes. Por el contrario, es el fruto (o no) de la historia de cada mujer. Para superar ese sentimiento de arrepentimiento que la invadió al momento de parir, y ese instinto maternal del que carece, Giulia lo buscará, a todo precio, y lo pondrá a prueba.

NOTAS

17. Chollet, M. (2018). *Sorcières, la puissance invaincue des femmes*. La Découverte. [Chollet, M. (2019). *¿Estigma o la fuerza invencible de las mujeres?* Trad. Gema Moral Bartolomé. Barcelona: Penguin Random House].

18. Winnicott, D. W. (2002). *Jeu et réalité. L'espace potentiel*. Colección Folio. París: Gallimard. [Winnicott, D. W. (2017). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa].

19. Winnicott, D. W. (2006). *La mère suffisamment bonne*. Payot.

6

Giulia, la vana búsqueda del instinto maternal

Conocí a Giulia gracias a Orna Donath, con quien hablé por teléfono para la preparación de este libro. Intercambiamos correos electrónicos y mensajes escritos, antes de darnos cita en un parque en París. Menuda y muy elegante, llega envuelta en su abrigo negro ceñido en la cintura. Me parece que tiene aproximadamente 30 años. La joven mujer, de padres italianos, me cuenta que creció en Yvelines. Conoció a su pareja cuando aún estaba en preparatoria. Ella tenía 17 años y él 15. No se fueron a vivir juntos pronto. Giulia tuvo algunas historias amorosas cuando estaba en la Facultad de Derecho. Después, en una fiesta, por casualidad se encontró de nuevo frente a los encantos de Bastien. Muy rápido, y contra el consejo de los padres de Giulia, que soñaban para su hija un marido médico o abogado —Bastien trabaja en *marketing* en una empresa de pernos—, los jóvenes se instalaron en Viroflay. Son pareja desde que ella tiene 21 años y él 19.

«Al cabo de cuatro o cinco años, mis padres me empezaron a preguntar: "¿Cuándo nos vas a dar un nieto?". Yo siempre evitaba la conversación. Después, fue Bastien quien también empezó: "Entonces, ¿cuándo empezamos?". Al día siguiente de mi boda, la abuela de Bastien me ofreció unos zapatitos tejidos por ella. La presión era cada vez más fuerte. Yo nunca quise tener un hijo. Esperaba tenerlo, pero no llegaba. Pasé días y noches pensando en eso. Esperaba sentir esas ganas viscerales de las que todos hablan. Finalmente, llegué a la conclusión de que tener un hijo era la consecuencia lógica de las cosas. La siguiente etapa. Todo el mundo lo hace. Las ganas

vendrían con el tiempo. Como era una mujer tendría que hacerlo, al igual que mi madre y mi abuela lo hicieron antes que yo. Y después me tranquilizaba diciéndome que, siendo mujer, forzosamente tengo ese instinto que me hará una buena madre. Es un discurso que había escuchado en mi entorno familiar y de amigos, y que había leído en ciertas revistas… Y es que, además de ese deseo que no llegaba y del que no podía hablar, no había ninguna excusa "válida" a los ojos de mis familiares que justificara no tener hijos con mi marido.

»Un día me fui sola a pasear a un monte, en Córcega. Disfrutábamos de unos días de vacaciones. Todo era delicioso: el clima, la vista, el mar, los paisajes, los olores, la luz… A mi regreso, ya había tomado una decisión.

»Cuando entré a la casa le dije a Bastien que iba a dejar de tomar la píldora. Y mientras le anunciaba que estaba preparada, yo intentaba aún convencerme y me repetía: "Vamos, querida, has disfrutado mucho la vida, parece ser un buen momento". Un buen momento para quién, para qué, no lo sabía. Una cosa era cierta, ¡Bastien y nuestras familias estaban encantados!».

Giulia es afable, me parece que le hace bien hablar. Su tiempo para el almuerzo se acaba, pero informa a su asistente que llegará tarde a sus citas previstas para la tarde. Quiere tomarse el tiempo, se siente libre de hablar conmigo sin que yo la juzgue.

Seguimos sentadas en la banca del parque en el centro de París. Los niños juegan y arman alboroto, las nanas empujan las carriolas, los adolescentes comen un bocadillo y comparten los audífonos para escuchar música, una mujer con un gran vestido floreado se acerca a nosotras para pedirnos un poco de dinero, pero nosotras, concentradas en nuestra plática, no nos distraemos. Giulia me cuenta sobre su embarazo.

«Aunque mi embarazo fue bueno, yo no sentía nada. Pensaba que un vínculo se tejería con el paso de los meses, pero me sentía vacía a pesar de que mi cuerpo cambiaba, mi vientre se hinchaba y el niño se movía. Me parecía

extraño. El malestar comenzó a partir de ahí. Buscaba, esperaba algo que nunca llegaba. Con el fin de estar más cerca de mi bebé tomé un curso de haptonomía para prepararme para el parto, pero me mantuve hermética a esta técnica».

El día del parto estaba programado porque su hija venía de nalgas. Finalmente, todo se precipitó. Nació con una semana de anticipación. El cuerpo de Giulia y el ritmo cardiaco de la niña empezaron a debilitarse.

«Me llevaron de urgencia al quirófano. Mi presión arterial bajaba cada vez más. No quería que me anestesiaran por completo para la cesárea. Esperaba al menos vivir este evento. El analgésico no surtía efecto. Y luego lo padecí. Sentí cuando el obstetra me abrió el vientre. Fue de una violencia inaudita. Me pusieron la máscara de oxígeno y, a partir de ahí, ya no me acuerdo de nada. Me pusieron anestesia general y me desperté al día siguiente.

»Vi a mi bebé en las primeras horas de la mañana. Estaba en brazos de su padre. Gemma nació el mismo día que yo, un 14 de febrero, el día de San Valentín. Me impresionó verla, pero no fue el amor a primera vista que yo esperaba. ¡Todavía nada!».

Me inquieta esta historia de la fecha idéntica de nacimiento. No es la primera mamá que entrevisto y que comparte la misma fecha de nacimiento —o casi la misma— con su hijo. También hay hermanos cuyos cumpleaños se siguen de cerca. O una madre, que parió el mismo día del mes en el que había abortado años antes.

A pesar de los métodos anticonceptivos y de los nacimientos programados, no es raro que ciertas madres den a luz, con algunos años de diferencia, precisamente el mismo día; así, hermanos y hermanas comparten la misma fecha de cumpleaños. Podríamos creer que es fruto de la casualidad, pero con frecuencia en ese día se conmemora otro evento del pasado y toma todo su valor en la repetición. Este hecho clínico, que hace notar Monique Bydlowski,[20] relaciona pronósticos o fechas de parto con episodios que en ocasiones fueron dolorosos, antecedentes obstétricos, abortos o la muerte de un recién nacido. Pero también puede tratarse de una conmemoración más

alegre, como el cumpleaños de uno de los padres o abuelos, por ejemplo.

Cabe destacar la rapidez con que la madre relaciona la fecha de nacimiento y el acontecimiento pasado. Aunque en nuestra época los embarazos generalmente son «controlados» o «gestionados», podemos concluir con facilidad que el fenómeno no está tan reprimido como podríamos creer, sino que, más bien, es preconsciente.

De cualquier modo, el hijo cargará para siempre con ese signo de identidad, inscrito en el estado civil, de una representación materna literal. Como sucedió con Gemma y Giulia.

Si una mujer se embaraza sin programarlo, si no existe una fecha fija de nacimiento del hijo, y si este nace en una fecha conmemorativa, entonces podemos decir que se trata de un cálculo inconsciente.

Giulia ya tiene que irse, pero antes quiere enseñarme algo: saca su teléfono celular de su bolsillo, me lo ofrece e insiste en que vea un documento que lleva con ella para jamás olvidar su dolor. Al principio no comprendo de qué se trata. Las cifras desfilan bajo mis dedos.

> 20/02
> 04:55-05:45; 06:30-08:20; 10:20 (me quedo dormida con Gemma); 12:05-13:20; 14:30-15:30; 16:30-17:00; 17:50-19:30; 22:00-22:35; 23:55.
>
> 21/02
> 00:35 01:25 04:25 06:00; 07:05 08:50 10:50 12:30 13:15 14:30 15:00 17:10 18:55 sin parar hasta 21:20 sin parar hasta 23:20.

Es interminable, me da vértigo.

Se trata de todas las horas en las que amamantó del 9 de marzo de 2020 al 8 de mayo de 2020, una parte de la transición para el biberón. Giulia vivió el amamantamiento como un calvario. Una alienación a su hija, a la que se

sometía. Hoy piensa que hizo bien en anotarlo, pues así lo puede compartir conmigo. La pequeña Gemma era como un «bebé panda», me dice, pegada a mi seno de la noche a la mañana. Habló al respecto con el personal de Protección Maternal e Infantil de su ciudad, y ellos le dijeron: «Ya verá, pronto lo olvidará usted».

«Me hartaba que lo tomaran tan a la ligera. Que no me escucharan. No, no lo olvidaré. No quiero olvidarlo. Odio amamantar. Lo hice por mi hija porque pensaba que "era lo natural". Me estaba volviendo loca. ¡No me lo volverán a hacer!».

Le pregunto por qué se obstinó en amamantar a su hija a toda costa. A Giulia también le asombra haber aguantado tanto: cuatro meses. Por una parte, me explica, se tardó mucho tiempo antes de comenzar a amamantar, como un mes. Le parecía inconcebible que hubiera tenido que sufrir tanto antes de llegar finalmente a tener leche materna «madura», y luego abandonarlo enseguida.

«Me sentí muy presionada. Esperaba y esperaba, desesperada, a que mi instinto maternal se revelara. Leía muchas cosas en internet. Navegaba en sitios como el de la Liga de la Leche.[21] No sabía si tenía que amamantar a libre demanda o, al contrario, hacerlo cada tres horas. No confiaba en mí, no sabía qué pensar. Todo el mundo me daba consejos. Además, esperaba esa dichosa oleada de oxitocina de la que tanto hablaban, que sentiría cuando amamantara a mi bebé, que me llevaría al borde de un orgasmo y que me haría olvidar todo. No me pasó nada de eso. No olvidaré nada, para que me sirva de lección».

De las madres en Francia, 70% eligen amamantar inmediatamente después del nacimiento de su hijo. Al cabo de un año, solo 5%. Dejan de amamantar generalmente al cabo de solo ocho semanas, aunque la Organización Mundial de la Salud recomienda extender la lactancia materna exclusiva hasta los seis meses. Por su parte, las noruegas lo hacen al menos hasta los tres meses. ¿Será que las madres son renuentes a desempeñar el papel que se espera de ellas?

A finales de la década de 1990 hubo un cambio, cuando Bernard Kouchner,

en ese entonces ministro de Salud, firmó un decreto que prohibía la distribución gratuita de leche en polvo en los centros de maternidad. Las mujeres pasaron de una opción a una obligación. Fue la mejor manera de promover la lactancia materna. Un poder que se ejerció sobre las mujeres para «el bienestar del niño», quizá… pero en detrimento de la madre, eso es seguro.

La manera en la que enaltecemos los méritos de la lactancia parece promover la imagen de la madre tradicional, en casa, fusionada con su hijo, relación de la que el padre queda excluido. La mujer, al menos durante seis meses, no es más que madre, y si no se somete a ello, debe escuchar toda una retahíla de reflexiones morales que le dicen que en realidad no es una «buena madre» porque no le ofrece lo mejor a su hijo. El modelo materno que se promueve está cargado de culpabilidad.

Me acuerdo de Virginie, con quien compartía habitación en la sala de maternidad. Ella no quería amamantar. Las parteras y enfermeras, todas muy amables y alentadoras, la convencieron de alimentar a su hijo con el calostro por lo menos los tres primeros días. Finalmente lo hizo y duró, bien que mal, un mes. Por mi parte, yo disfruté mucho amamantar a mi hija, durante casi cinco meses, y hasta casi nueve meses por las noches, pero pienso que soy la única que lo ha hecho en mi entorno familiar y en el de mis amigas. Esta experiencia me pareció muy práctica, el lado pragmático holandés que dormía en mí debió despertarse en esta ocasión.

Como Rousseau hacía en su época, se quiere animar a las mujeres a que se vuelvan a conectar con la naturaleza. Actualmente apelamos a nuestra buena Madre Naturaleza y la presión es grande cuando se trata de querer controlar el cuerpo y las decisiones de las mujeres. Todo esto en nombre del «instinto maternal». Son muchas las mujeres que cedieron ante las imágenes de Épinal sobre la maternidad, que padecieron fisuras de pezón, agotamiento, falta de leche, horas esperando a que su hijo quedara satisfecho. Pero para los defensores de la lactancia ninguno de estos motivos es válido, todas las mujeres pueden lograr una lactancia placentera.

Es inconcebible que quieran imponer otra vez un modelo único, una manera de ser a las madres que acaban de parir. Cada una debe tener la posibilidad de elegir entre diferentes opciones sin ser juzgada y sin tener que

justificarse. El discurso de la posguerra que instaba a todas las mujeres a no amamantar, ya no es deseable. Si existe un ámbito en el que la presión social es fuerte, es el de la lactancia materna. Y funciona.

¿En qué momento un «consejo» como el de la lactancia exclusiva se convierte en una presión social, que margina y crea un entorno tóxico para las mujeres que se niegan a hacerlo? Si la lactancia es, supuestamente, el detonador del amor materno, ¿qué hay de las madres que no amamantan o que lo hacen poco? ¿Su hijo sufrirá de carencia afectiva? Y, por otro lado, ¿cómo explicar la falta de apego hacia su recién nacido que sienten ciertas madres jóvenes que están amamantando? ¿Son madres negligentes o maltratadoras?

NOTAS

20. Bydlowski, M. (2008). *La dette de vie, itinéraire psychanalytique de la maternité*. puf. [Bydlowski, M. (2007). *La deuda de vida: itinerario psicoanalítico de la maternidad*. Madrid: Biblioteca Nueva].

21. Movimiento tradicionalista estadounidense creado en 1956. Actualmente, esta ONG aconseja a la OMS y a la UNICEF. La Liga de la Leche francesa organiza cada año la «gran lactancia colectiva». Las mujeres amamantan en público para convencer a otras mujeres de que hagan lo mismo. La ONG está presente en 70 países.

7

Sylvie, los peligrosos límites de arrepentirse de ser madre

Cuando hablo del tema de mi libro con mi círculo íntimo o profesional, muchos piensan que el arrepentimiento de ser madre implica el maltrato de las madres hacia sus hijos. Este nunca fue el caso de las mujeres que entrevisté ni el de las que Orna Donath conoció para su estudio. Ellas afirman que hicieron todo lo que estaba en su poder para ocuparse de sus hijos, a pesar de su arrepentimiento. Muchas de ellas dicen «amar» a sus hijos, y declaran que son precisamente ellas las que tienen la culpa, y no su hijo, quien no pidió nacer.

Pero para Sylvie, el arrepentimiento de ser madre es tan grande que me confiesa que prefirió ignorar el comportamiento violento del papá, los golpes de cinturón que a veces les daba a sus dos hijos, en lugar de correr el riesgo de quedarse con la custodia de ellos de tiempo completo.

Una vez que él los castigó, al mayor lo dejó dos horas en el frío gélido; al menor, el padre lo empujó con tal violencia que el yeso que tenía en la pierna rota se quebró. Dos ejemplos entre muchos… Me quedo muda. Esta confesión me pone incómoda. Estoy horrorizada por ellos y, al mismo tiempo, evalúo el inmenso sufrimiento de esta madre que elige ignorar el maltrato a sus hijos antes que «padecerlos» todos los días. Esta confesión me hace llegar al límite del arrepentimiento maternal, en la medida en que el sufrimiento de Sylvie es tan grande que la lleva a poner a sus hijos en peligro.

A Sylvie la conocí cuando respondió a un mensaje que publiqué en un foro consagrado a mamás, en el que buscaba a las que estuvieran dispuestas a hablar del arrepentimiento de ser madre. Me di algunos meses para empezar

mi investigación, porque pensaba que esas mujeres tardarían mucho tiempo en llamarme. Para mi gran sorpresa, solo esperé unos diez días para tener una primera respuesta, y después me llegaron 30 más.

Una noche, Sylvie y yo hablamos horas por teléfono. Desde el inicio de nuestra conversación, ella afirmó sin preámbulos:

«Si pudiera volver atrás, no tendría hijos. La pasé muy mal. Me quitaron todo: mi tiempo, mi libertad, mi energía. Me convertí en un robot. Mi hijo mayor cumplirá años a fin de mes. La misma edad que yo tenía cuando mi vida cambió por completo. Tengo la impresión de que algo se repite».

A los 16 años, Sylvie solo quería una cosa: salirse de su casa. El verano entre el primer año y el segundo de preparatoria, esa pequeña morena de fleco que ocultaba sus ojos verdes se fue de viaje a Estados Unidos. Una revelación. Ahí desarrolló su sentido de la aventura, su amor por los viajes y descubrió el gusto por la soledad. Regresó fascinada y cambiada. Sabía qué quería hacer en la vida: viajar. Darle la vuelta al mundo, sin duda. Solo que, a su regreso, recibió un cubetazo de agua fría. Sus padres le dijeron que se iban a divorciar. A Sylvie no le sorprendió, nunca se habían mostrado mucho amor entre ellos, y aún menos amorosos habían sido con sus hijos.

«Mi padre amaba a las mujeres, especialmente a las ajenas. Y mi madre ya no podía cruzar la puerta por los cuernos que le salieron. Todo el mundo lo sabía».

El padre de Sylvie era comerciante. Tenía una empresa de accesorios para automóviles en Sète, y su madre trabajaba con él. Cuando se separaron, su madre empezó a hacer la limpieza en las escuelas de la región. Muy pronto se hundió en el alcoholismo.

Monique, la madre de Sylvie, nunca estaba tranquila. Se había casado muy joven y parió el día que cumplió 21 años. Por más que Sylvie trata de recordar, no tiene ningún recuerdo de su madre siendo feliz. Siente que la decepcionó desde su nacimiento.

«Un día estaba en el coche con mi madre. No recuerdo a dónde íbamos ni de dónde veníamos. Mi madre había bebido mucho durante el día, pero aun así quiso manejar. Y tuvimos un accidente. Todo fue muy rápido, dimos un giro completo en el aire y luego ya no me acuerdo de nada. Tuvimos mucha

suerte. Desde muy joven comprendí que mi madre no era apta para ocuparse de mí. Mi padre también lo sabía, pero era un tabú. Trató de ayudarla, de convencerla de ir a Alcohólicos Anónimos. Luego, un día dejó de hacerlo. Acababa de conocer a una mujer 15 años más joven que él, apenas seis años mayor que yo. Obviamente, dejamos de ser una prioridad».

Sylvie resintió ese cambio, este nuevo acomodo familiar, como un abandono. Su padre, ya tacaño en sus afectos, decidió amar a otra. Y rápidamente llegó un hermanito, que con dos sonrisas y tres miradas ganó el interés y el amor de su padre, a quien ella jamás pudo conquistar. Y eso nunca cambió.

«Hacía todo para llamar su atención: mucho deporte como él, alpinismo desde los siete años, ganaba maratones. Ponía todo mi esfuerzo para que estuviera orgulloso de mí. Por supuesto, yo era una niña, pero también podía ser tan fuerte y extraordinaria como un niño. Fue en vano. Jamás me dijo una palabra de aliento ni manifestó ningún indicio de afecto hacia mí. Nunca me invitó de vacaciones con ellos, con su nueva familia. Para mí, las vacaciones eran en Sète, invariablemente, en tanto que para ellos era Córcega, Italia, París, Londres. Por fortuna yo tenía una abuela a la que adoraba. Vivía en el campo, a unos 20 kilómetros de nuestra casa. Ella cocinaba como una chef y me cuidaba muy bien. Era de carácter fuerte. Era la madre de mi madre».

La relación entre Sylvie y su madre iba de mal en peor. La adolescente se ocupaba de hacer las compras y de cocinar cuando salía de la escuela, de la limpieza, de administrar el correo, mientras su madre tomaba antidepresivos.

«Con mi madre todo era insoportable, agobiante y difícil, incluso violento. Tenía que vigilarla constantemente. Padecía crisis con frecuencia. A veces desaparecía, ya no quería dormir en su cama, dormía en el suelo o se iba de la casa. Y luego, un día, cuando yo tenía apenas 16 años, le dio meningitis. Permaneció varias semanas en el hospital. Cuando regresó tuve que cuidarla mucho más. Era el mundo al revés. Era grosera, insultante, me trataba de "vaca gorda" y "puta". Me lastimaba mucho. Comenzó a ponerse mi ropa y mis zapatos. Muy pronto se sintió celosa de mí. Me denigraba y yo tenía que "comprender y aceptar" sus locuras y sus excesos. Se burlaba cruelmente de mí y yo no sabía qué decir. Yo soportaba. Cuando yo era niña me llevaba tarde a la

escuela o llegaba a recogerme después de todos los demás. Un día me hospitalizaron porque me lastimé. Ni ella ni mi padre fueron a buscarme.

»Y todavía peor que eso, ella salía con mis amigos en la ciudad. Bebía y fumaba con ellos. Me daba tanta vergüenza cuando la veía. Mis amigos pensaban que mi madre era verdaderamente simpática y divertida. Yo ya no controlaba nada. De hecho, ella tampoco. Yo tenía 15 o 16 años, y ella 35, y se vestía como una adolescente. Me sentía sola y abandonada. Yo ya no salía con nadie, me aferraba a mis estudios y a mis sueños de viajar. Mi madre no era digna de ser madre, jamás quiso ser madre».

Sylvie no se rebeló. Aunque tenía la cabeza bien puesta sobre los hombros, el resto de su cuerpo hervía. Se fue de su casa a los 18 años, y con el certificado de preparatoria en la bolsa dijo «adiós» a su madre para apenas volver a verla. Como era valiente y buena alumna estudió para maestra de primaria, y consiguió trabajos para subsistir, uno después de otro, y cubrir sus necesidades. Pero antes de lanzarse a una vida activa y fundar una familia, Sylvie viajó a Asia, a Sudamérica, a Oceanía e incluso se instaló un tiempo en Nueva Zelanda. Después de la infancia que tuvo, la idea de tener hijos no le parece nada tentadora. Ya lo verá…

No hay manera de detener a Sylvie. Sin embargo está calmada. Elige sus palabras. Quiere que la comprenda bien. Las ideas se encadenan, los sentimientos regresan, los recuerdos se atropellan. Como si hubiera contenido 49 años de frustración, de tristeza, de incomprensión, de cólera, de injusticia. Hablar con una desconocida por teléfono le hace bien. Sylvie me conmueve. No se queja de su infancia ni de su adolescencia. Se apega a los hechos. Casi desentendida.

Después de darle la vuelta al mundo, de haber puesto distancia entre ella y su madre, Sylvie encontró un empleo de maestra en los suburbios parisinos, donde conoció al padre de sus hijos. Los acontecimientos se encadenaron. Sylvie tuvo a su primer bebé por cesárea después de una crisis de

preeclampsia. Ella y el recién nacido casi mueren. Un año después su pareja padeció cáncer y, apenas recuperado, Sylvie quedó embarazada de nuevo. Su compañero quería dos hijos. Dos hombres.

Para completar el cuadro de la familia que resiste todo, Sylvie se dejó llevar por el proyecto de su pareja: restaurar una granja vieja. Mientras el padre hacía las obras, ella se ocupaba de los hijos. Durante más de cuatro años. Sentía que era la niñera.

«Desde el principio no me gustó la maternidad. En la noche no me levantaba para darles el biberón; antes de dormir dejaba que su padre los bañara. Jugar con ellos era insoportable. Leerles cuentos era hasta cierto punto agradable, pero en realidad todas esas tareas no me interesaban. Quería evitarlas y huir».

Luego, una mañana, él le dijo: «Quiero irme a vivir a la montaña. Solo». Su historia como pareja había acabado. Un año antes habían firmado el concubinato. Ella acababa de cumplir 40 años.

«Me encontré sola con los niños, que tenían cuatro y seis años. Por más que fuera maestra y supiera manejar una clase de 30 niños en preescolar, jamás me gustó ocuparme de los míos. No tengo instinto maternal. Cuando el padre se fue, me preguntaba: "¿Qué voy a hacer?". Me dije: "Tengo que esforzarme". Comprendí demasiado tarde que era mamá. Cuando mi primogénito tenía siete años. Yo tenía un problema grave de territorialidad: ocupan mucho espacio. Durante mucho tiempo protegí a mi madre de ella misma. Me tuve que preservar de eso. Ahora ya no soy capaz de hacer lo mismo por mis hijos».

Por una parte, lamenta tener una madre como la suya; su madre también se arrepiente de su rol maternal y, por lo tanto, Sylvie se arrepiente de ser madre… Esta secuencia le produce vértigo. El arrepentimiento de ser madre ¿es hereditario? ¿Podemos decir que las mujeres que tuvieron carencias afectivas en la infancia serán, a su vez, madres deficientes, en dificultades, o «que lamentan» también el embarazo y los años por venir?

Una ginecóloga en Bruselas hizo que entendiera mejor el tema. En marzo pasado yo estaba en la sala de espera y, sin dejar de leer una vieja revista,

escuché, sin distinguir exactamente las palabras, a la paciente que había pasado justo antes que yo al consultorio. Aunque estaba concentrada en un artículo, de repente dejé de leer. La joven lloraba nerviosa mientras la ginecóloga trataba de tranquilizarla. No lograba escuchar bien la conversación como hubiera querido.

¿Qué podría pasarle? ¿Una mala noticia? ¿La angustia de tomar una decisión? Sentí pena por ella. La observé discretamente cuando salió de la habitación. Me pareció que estaba alterada.

Ahora era mi turno. Olvidé de inmediato a la joven. Después de una auscultación y una receta, le conté a mi ginecóloga que trabajaba en la escritura de un libro sobre el arrepentimiento de la maternidad. Y en ese momento se detiene de inmediato, se quita los lentes y me dice:

«La joven que acaba de salir de mi consultorio me ha contado lo que la atormenta desde hace dos años: la edad de su hija. Lamenta haberla tenido. Me dijo que no se atrevió a hablarme de eso antes. Es mucho más común de lo que creemos, pero ellas tienen vergüenza de hablar. Y no se trata de la depresión posparto. Es profundo y doloroso. Yo siempre les advierto a mis pacientes, cuando tienen cinco meses de embarazo, que ese encuentro con su hijo no es algo inmediato, y que con frecuencia sucede unos días más tarde, cuando las hormonas se estabilizan.

»No estamos en Hollywood, donde todo es bello y maravilloso y donde la maternidad es de película. Se necesita tiempo para digerirlo, para reponerse de sus emociones, para que sean conscientes y puedan decir: "yo hice esto". En general, pasado ese periodo todo vuelve a la normalidad, y entonces comienza la relación madre-hijo y nos enamoramos de esa personita. Para las madres que se arrepienten, eso nunca sucede. Si pudieran regresar el tiempo, no tendrían hijos. El sufrimiento de esas mujeres es inmenso. Son cada vez más quienes me lo confían. Y yo he notado un punto común: es muy frecuente que sus madres sean disfuncionales».

En efecto, en los encuentros que tuve, pude darme cuenta de que la mayoría de las mujeres que se arrepienten tienen una historia familiar difícil y, sobre todo, con su propia madre.

Los hijos de Sylvie crecieron. Tienen 15 y 17 años y están en custodia compartida con su padre. Cuando los hijos están con él, ella se desentiende por completo. No siente la necesidad de llamarlos. No los extraña. Sabe que están ahí, en alguna parte, y eso le es suficiente. «Yo soy su guía, no su madre. Ese papel me molesta. Quiero enseñarles valores, trato de plantar semillas. Me gusta pasearme por el bosque con ellos. Les hablo de la naturaleza y de los insectos; sé decirles a mis hijos que los amo».

Muchas de las mujeres que conocí para este libro me dijeron que amaban a sus hijos. ¿Fue para compensar la confesión de su arrepentimiento de ser madre? ¿Es para reemplazar el mensaje oficial que toda madre debería tener hacia su hijo? Pero ¿cuál es la naturaleza de ese amor, cuando una madre no se siente plena en su maternidad, no goza jugando con sus hijos, sueña con que pronto se irán de la casa y, en casos extremos, encubre el maltrato del padre? No puedo evitar hacerme estas preguntas que me han obsesionado tantas noches, pero que quedarán sin respuesta. ¡Otras más!

Violaine Gelly, psicoterapeuta, señala que el «arrepentimiento de haber tenido un hijo es distinto a no amar a sus hijos. No es al ver a sus hijos cuando ciertas mujeres experimentan arrepentimiento, sino al contrario: cuando no están ahí y ellas pueden tomarse el tiempo de volver a centrarse en ellas mismas».

8

Luna, el amor cueste lo que cueste

Para que un bebé se convierta en un individuo necesita más que los cuidados vitales relacionados con el desarrollo de su organismo. También debe entrar al mundo del lenguaje y que le ofrezcan su propio lugar en un grupo o una familia, como una persona deseada y especial. Luna extrañó mucho todo esto y estuvo por completo indefensa cuando nació su bebé.

Dar vida es lo más importante para Luna. Tenía un gran deseo de dar a luz. «Cuando estuve embarazada jamás me sentí tan bien, mental y corporalmente. Y tuve un parto tranquilo». Gil y ella se amaban. Se conocieron en una fiesta cuando ella tenía 23 años; él acababa de salir del capullo familiar reconfortante. Ella había terminado sus estudios de publicidad y había viajado a Estados Unidos y a Asia, había encontrado un buen empleo en una agencia y estaba enamorada. «Me dejé llevar por mi deseo. En ese momento de mi vida, más que nada en el mundo, ¡quería dar vida!».

Luna disocia por completo el deseo de un hijo y de dar vida, del deseo de ser madre y el compromiso que eso implica. «No estaba preparada para ser madre», me confiesa.

Cuando, apacible, esperaba a su hijo, Gil comenzó a sentirse celoso. No era muy agradable que él le repitiera que estaba gorda y fea, que los hombres la miraban con lujuria y que ella los alentaba. Era autoritario, hiriente. Pero para Luna no era grave, resistía. Cargaba en su cuerpo una vida y para ella nada era más valioso.

¿Por qué llevar una vida es tan «valioso» a sus ojos? Parece que lo relaciona

con su historia.

«Mi vida comenzó cuando tenía un año. Cuando mis padres vinieron a adoptarme a Nepal. Antes, no era nada». Tres años antes, los padres de Luna ya habían adoptado a dos hermanos gemelos en Nepal. Su madre provenía de una familia burguesa del este de Francia y creció en instituciones católicas muy estrictas. Su madre había conservado un gusto desmesurado por la obediencia y la caridad cristiana. Su padre provenía de una familia menos acomodada, pero más alegre, aunque su propia madre era esquizofrénica y había pasado gran parte de su vida caminando por los corredores de hospitales psiquiátricos.

A finales de la década de 1970 los padres de Luna se conocieron, se enamoraron, y como su madre había crecido en un ambiente de abandono, quiso adoptar hijos para reparar eso. Adoptaron tres niños en la década de 1980 y, a partir de ahí, se destrozaron. Hasta el día de hoy. Pero como diría Luna con una gran carcajada que oculta cierta angustia: «Así funcionan. Nos acostumbramos».

Luna siempre tuvo la impresión de que su madre la consideraba «su cosa» y que esperaba que su hija solo sonriera y que trabajara bien. Luna sobresalió en ambas categorías.

«Este embarazo vino a arrancarme todo: mis ilusiones, la construcción de mi identidad, el sueño al que me aferraba. Lo que voy a decir es horrible, pero una vez que sacaron a mi bebé del vientre, cuando mi hija vino al mundo, eso me hizo descubrir nuevas sensaciones en relación con mi cuerpo y con algo que jamás había tenido.

»El nacimiento de mi hija fue el mío propio. Nací al mismo tiempo que ella. Surgieron emociones profundas. Comprendí que sin mis padres yo no existía. Estaba vacía. Cuando tuve a mi hija debí llenar ese vacío y construirme. Pienso que tenía un problema de identidad debido a la adopción».

Como para tranquilizarme, agrega: «No es grave. En la vida siempre nos las arreglamos. Durante mi primer año no tuve ninguna interacción. Según la teoría de apego tan bien descrita por Boris Cyrulnik, me faltó esa alquimia neuroquímica que se forma en la conciencia humana, en la conciencia del yo y del otro. Yo no era más que una cosita viva en una cuna. Me alimentaban, me

cambiaban los pañales, pero nada más, jamás me tomaron en brazos ni me acariciaron».

Luna no tuvo cuidados específicos. Antes de su primer cumpleaños nadie la trató como a una persona única y especial. Los gestos que le prodigaban eran mecánicos.

«Yo sí hice todo eso con mi hija. Traté de compensar con ella el año de vida que me había hecho falta. Pero no había afecto. No había nada. No lograba crear el vínculo. Yo estaba ahí. Tenía la impresión de que estaba haciendo lo que debía. No soy táctil, no soy mala. Es solo que no soy cariñosa. Creía que estaba siendo una buena madre. Me encantaba ocuparme de ella. No tenía ningún problema con el ritmo que me imponía esa bebé. La alimentaba, la cambiaba, le hacía buenas papillas. ¡Ella tenía que vivir!

»Pero esa pequeña niña —¡una niña, además!— hería algo en mí, algo íntimo. Vino a quebrar la identidad que me había construido durante 24 años. No había previsto el colapso de mi identidad con el nacimiento de mi hija».

Al cabo de una hora y media de conversación con Luna me doy cuenta de que no conocía el nombre de su hija. Ella la llama «la bebé» o «la niñita». Espero que me lo diga espontáneamente. Trato de comprender esta distancia que pone entre ella y su hija.

«Mi hija siempre quería dormir en mi cama desde que su padre y yo decidimos separarnos. Ella tenía tres o cuatro años. Era evidente que necesitaba contacto. Pero para mí era un infierno. Estaba estresada, estaba irascible. El cuerpo me dolía, me sentía oprimida, con dolores musculares. Tenía insomnio».

Una noche se dijo: «Es ella o yo. Me voy a morir. Estoy muy mal. Esto debe parar». Luna tenía vergüenza de lo que sentía. Estaba horrorizada por sus pensamientos. «O la asfixiaba, o iba a ver a un psicólogo».

O la asfixiaba o consultar a un psicólogo. Eligió la segunda opción y salvar su vida.

«Conforme mi hija crecía y empezaba a hablar, más le enseñaba a protegerse de personas como yo. Tenía grandes momentos de ausencia, estaba en mi

burbuja, y cuando Thelma cumplió cuatro años me dijo: "Mamá, me das miedo". Estaba ahí físicamente, pero mi espíritu estaba en otro lado, muy lejos de la cocina, de la recámara o del lugar en el que nos encontráramos. Mi mente divagaba y, en ocasiones, se hundía en los rincones más oscuros de mi pensamiento. Sentía que me aspiraban y caía en un hoyo. Me sentía vacía y, después de todo, eso era lo que veía mi hija. Mi vacío interior».

Nada podía detener los pensamientos de Luna. Estaba ausente de sí misma. Su identidad de madre no significaba nada. Había un vacío de sentido que la impulsaba lejos, hacia un lugar no identificado.

Para ese momento de la conversación ya sé que la niña se llama Thelma. Incluso el nombre de su hija lo buscó en la ficción. Es un guiño a la película de Ridley Scott y a esa mujer enamorada de la libertad.

Para Luna, su primer año de vida pareció ser un agujero en su existencia. Un agujero que incluso todo el amor de su familia adoptiva no pudo llenar. Un agujero en el que cayó cuando nació su hija.

Cuando Thelma cumplió siete años, Luna compró una muñeca de ventriloquia para que la madre y la hija pudieran comunicarse, no lograban hacerlo de otra manera. Esa muñeca las hacía abrirse. Cuando Thelma estaba enojada, se expresaba a través de la muñeca, a quien habían llamado Coco. Se convirtió en una buena amiga de la familia. Luego, unos meses más tarde, llegó Totoro, el perro.

«Durante mucho tiempo, desde que ella tenía dos años hasta los nueve, siempre tuve problemas con el contacto físico. Su piel me lastimaba. No podía tocarla. Era un malestar físico, como si mi hija tuviera un traje cubierto de espinas.

»Al principio yo utilizaba un cojín, que colocaba entre nosotras cuando tenía que abrazarla como hacen todas las mamás. Después, gracias al perro —que me brinda una sensación de apego y alegría— nos dábamos abrazos familiares. Cuando mi hija me pedía un abrazo yo me iba a esconder al baño con el perro, me cargaba de su energía y de su calor, y solo después de ese ritual revigorizante podía tomar a mi hija en mis brazos».

Gracias a estos subterfugios sorprendentes e inventivos, Luna supo salir de ese agujero enorme en el que se había sumergido. Las carencias de su primera infancia se vieron plasmadas en objetos exteriores: el perro o la muñeca de ventriloquia.

«Mi hija es la única persona en el mundo con quien puedo ser yo misma. No necesito "seducirla" para sentirme bien. Tengo ganas de amarla. En ocasiones estoy enojada, otras veces es ella. Cuando nos queremos también nos lo decimos. Es una relación sin engaños. Eso lo aprendí con su contacto.

»Cuando Thelma volvía a casa después de pasar la semana de custodia compartida en casa de su padre, sentía que la angustia aumentaba y me decía a mí misma: "¡Mierda! ¿Ya?". Pero tan pronto llegaba a la casa yo ponía todo en su lugar para encontrar el ritmo juntas, jugar y divertirnos.

»Entre más abría mi corazón y sentía el amor que me prodigaba mi hija, más empezaba a sentir amor por ella. Una noche, cuando tenía cuatro años, me dio su manita y eso me alteró. Quizá el vínculo empezó a formarse en ese momento».

Era necesario un lazo real, el de la mano tendida de su pequeña hija, para que se estableciera el vínculo afectivo. Y en esa misma lógica, al deslizar su mano en una muñeca de ventriloquia, Luna logró comunicarse con Thelma. Esa muñeca se convirtió en la mediadora que permitía un intercambio entre la madre y su hija. Una idea ingeniosa que le permitió no defraudar a su niña.

Luna vuelve a hablar de su adopción y me cuenta que su padre adoptivo le dio, como fecha de nacimiento, el mismo día y mes que el de su propia madre. Luna nació en algún lugar de Nepal, en 1986. La abandonaron en las escaleras de un templo, y luego unos monjes la recogieron y la confiaron a un orfanato. Según los papeles de adopción y la poca información de la que dispone, sin duda tenía menos de un mes de nacida. De hecho, su fecha de nacimiento es desconocida. Pero cuando sus padres franceses fueron a adoptarla un año después tuvieron que declararla a las autoridades, y su padre adoptivo dio la fecha del 5 de julio, como la de su madre, la abuela adoptiva de Luna.

«Mi padre no creció con su madre. Ella se quedaba temporadas regulares en

un hospital psiquiátrico. Era esquizofrénica. Yo no la conocí bien. Mi padre evitaba que tuviéramos contacto con ella. Creo que esa relación con su madre lo volvió profundamente ansioso».

A pesar de todo, cuando tuvo que darle una fecha de nacimiento a su hija adoptiva que iniciaba su nueva vida, le dio la de su madre incompetente.

Al igual que en la historia de Giulia, la fecha de nacimiento de Luna, elegida de manera voluntaria, conmemora otro evento del pasado.

En mi caso, recuerdo haber escuchado a mi padre quejarse algunas veces de tener, por espacio de unos cuantos días, la misma fecha de cumpleaños que su madre, y de tener que compartir los festejos con ella, quien no era siempre muy amable con él. Sin embargo, al contrario de Luna, mi padre tenía una fecha de cumpleaños que era suya, sin lugar a dudas.

9

Ambre, el arrepentimiento irreversible de ser madre

La idea de que el nacimiento y la muerte están estrechamente ligados está presente en varias culturas. La fertilidad femenina se asocia a ellos con frecuencia. Las mujeres que pude conocer por este libro a veces tuvieron la sensación de renacer al momento en que dieron a luz a su hijo. Otro yo venía al mundo, provocando así la muerte de la persona que existía antes.

Ambre sintió la necesidad de hablar de su arrepentimiento cuando se dio cuenta de que jamás recuperaría su vida ni la persona que había sido antes de que llegara su hijo; de que la maternidad que había elegido a fin de cuentas era una identidad de la que jamás se desharía.

La única solución fue lidiar con su arrepentimiento y hablar de ello en las redes sociales, que permiten el anonimato.

La joven dudó durante mucho tiempo antes de hablar de su caso; tenía miedo a las represalias y a los mensajes de odio en Facebook, que había visto en otros temas sensibles. Por eso prefirió Instagram, donde #madresarrepentidas tiene 5 000 seguidores. Le tomó meses confesarle a su marido de qué hablaba y en qué se ocupaba por las noches en lugar de irse a acostar.

«Hablar del arrepentimiento de ser madre en Instagram me hizo bien. Leer lo que decían esas mujeres sobre su experiencia de la maternidad, también. Intercambiar ideas con madres que están en el mismo caso que el mío me alivia y me permite seguir adelante. Utilizo un seudónimo, como todas las seguidoras. Hay madres con las que me reúno aquí, en Quebec, donde vivo desde hace diez años, o en Francia, en mi amplia red de amigas. Me asombró mucho descubrir que ellas también eran presa del mismo arrepentimiento que

yo».

Ambre siempre pensó que quería un hijo. En su familia eran tres. Creció con su hermana y su hermano en un medio burgués del norte de Bretaña.

«Mis padres corrían todos los domingos a la iglesia con nosotros tres, vestidos como los trillizos de *Figaro Madame*, los pequeños héroes diseñados por Nicole Lambert. Lo importante era sentarnos en primera fila para que nos vieran bien. Demostrar que éramos una familia unida».

Ella amaba el contacto con los niños, divertirse con ellos y mimarlos. La joven soñaba con tener una familia numerosa. Ambre tuvo un embarazo feliz y un parto sin problema. Siempre pensó que el amor la inundaría, pero tres años después sigue sintiendo que está sosteniendo en sus brazos al hijo de otra persona. «En la vida siempre he sido un poco estresada, ansiosa, pero la maternidad aumentó eso al grado de tomar proporciones locas, a las que hay que agregar la amargura. Ya no soy yo. No soy feliz».

Después del nacimiento de su hijo, durante más de un año se hundió en una depresión posparto que le diagnosticaron al cabo de nueve meses. Una vez que le hicieron el diagnóstico, se sintió aliviada y muy pronto se levantó. Luego, la depresión mostró su verdadero rostro y se convirtió en arrepentimiento.

«Al parir a mi hijo, me parí a mí misma niña». La depresión posparto era el efecto de búmeran de su infancia. Al convertirse en madre comprendió que eso no era tan color de rosa como en sus recuerdos. «Mis padres eran muy tradicionales, estrictos, siempre me consideré como un peón sobre un tablero, era la propiedad de mis padres.

»En Quebec, la licencia por maternidad dura un año. Es mucho tiempo para una mujer activa como yo. Siempre esperaba ese vínculo de apego con mi hijo, que me costaba tanto establecer. Mi bebé tenía problemas de salud y dolores abdominales terribles. Lo hospitalizaron cuando tenía tres meses porque desarrolló una alergia a la proteína de la leche de vaca que yo le transmitía cuando lo amamantaba».

Ambre era muy infeliz. Ella, que después del nacimiento de su pequeño soñaba con irse, abandonar todo y no mirar atrás, finalmente se encontraba atada de pies y manos a la cabecera de su hijo. «La culpabilidad era enorme. Me sentía responsable de su dolor. Lo amamanté durante cinco meses, fue un

calvario».

El niño creció y ahora puede ir a la guardería. Volver al trabajo fue una salvación. Pero llegó el COVID. «Me encontré en casa, ocupándome de mi hijo, sola, mientras mi cónyuge trabajaba».

En el caso de Ambre se puede apreciar el *baby blues*, la depresión posparto y el arrepentimiento de ser madre; solo el último es irreversible.

Me puse en contacto con la asociación Maman Blues, que descubrí al leer un artículo. Quería comprender las sutiles diferencias entre esas emociones relacionadas con la maternidad. Porque las madres son las primeras en tratar de analizar los diferentes estados negativos por los que atraviesan después del nacimiento de un hijo. Tanto les han machacado que su llegada es un acontecimiento maravilloso, que cuando no sienten este entusiasmo se preocupan, se culpabilizan y no pueden hablar de ello, por vergüenza. Élisa, que es uno de los miembros de la asociación, me explica que están ahí para recibir a las madres, apoyarlas, escucharlas, aconsejarlas y orientarlas si es necesario. También han organizado grupos de apoyo regulares. La asociación tiene varias sucursales en Francia.

El *baby blues* afecta de 50% a 80% de las mujeres que dan a luz, en promedio, tres días después del parto. Esta «tormenta» hormonal, emocional y existencial se desata por la fatiga, la caída de progestágenos —hormonas del embarazo— y un trastorno psicológico. Después de diez días de padecer *baby blues*, ya se hablaría de una depresión posnatal precoz, que padece 15% de las nuevas madres en el año que sigue.

Cada año, me explica Élisa, cientos de madres sufren delirios durante algunos días o semanas después del nacimiento de su hijo. Las madres tienen alucinaciones auditivas, escuchan el llanto de su bebé antes de que se despierte; algunas imaginan que pueden leer el pensamiento de otros, piensan que su bebé está muerto o que lo cambiaron en la sala de maternidad o que es el hijo de Dios o del Diablo. En casos extremos, el delirio puede llevar a un infanticidio o al suicidio. Estas mujeres con frecuencia son incapaces de confiarse a otras personas. Este tipo de delirio es la manifestación más

espectacular de lo que llamamos psicosis posparto, un síndrome con frecuencia desconocido. En promedio, dos de cada mil mujeres padecen esta versión aguda, terrible y mal conocida de la depresión posparto. Estas mujeres quedan sumidas en la angustia y la culpabilidad porque no logran simbolizar el parto y se sienten incapaces de cuidar correctamente de su bebé.

Es fácil confesar una depresión a las personas cercanas, está más estudiada y mejor aceptada en la sociedad. Élisa, como Ambre, sabe precisamente de qué habla porque padeció un *baby blues* muy intenso cuando nació su tercer hijo. Estuvo hospitalizada en psiquiatría, en una unidad de maternidad, durante un mes y medio. En la actualidad eso ya es historia antigua para ella, pero participó activamente en la asociación para decirles a las madres que recurren a sus servicios y sus competencias que no están solas.

Cuando hablo del arrepentimiento de ser madre, Élisa me interrumpe y precisa que eso no tiene nada que ver. En cinco años como mediadora en los grupos de apoyo, se encontró con unas diez madres que claramente tenían ese sentimiento, incomparable con la depresión posparto y el *baby-blues*, que son temporales en la vida de una madre y que se pueden tratar.

El arrepentimiento de ser madre proviene de lo inefable e inconfesable en una sociedad en la que ese sentimiento va en contra de los fundamentos de la organización de las sociedades humanas. Es necesario un nivel de conciencia de uno mismo, y un valor considerable para identificarlo, confesárselo a sí misma y, más aún, hablarlo con otras personas.

«Lamento terriblemente haber tenido este hijo —me dijo Ambre muy tranquila—. No tengo familia en Quebec y no puedo hablar con nadie. Mi madre murió hace diez años, mi hermano y mi hermana no entienden nada, y es inconcebible que hable de esto con mi padre. Pero hoy prefiero ofrecerle a mi hijo una mamá con buena salud, más que un hermano o una hermana. Si tuviera un segundo hijo ahora, me mato.

»Traté de recordar mi infancia para saber si podía encontrar ahí las razones

de mi malestar. Cuando era niña sufrí mucho por la falta de afecto. No tengo recuerdos de mis padres diciéndome “te amo”. Mi madre no tenía idea de mis gustos, mis colores favoritos, mi pasión por la fotografía. Crecí con una falta de confianza abismal en mí misma. Si alguien me preguntaba cuál era el mayor sueño de mi vida, yo respondía que no sabía. Tengo tanto miedo de decepcionar a los demás que soy la sombra de mí misma. Mi maternidad me quitó la alegría de vivir.

»Me siento desvalida, tengo un sentimiento permanente de fracaso que me hace querer abandonar todo y huir. Por eso, poder dejar a mi hijo en la guardería es verdaderamente una salvación para mí. Y me parece terrible confesarme a mí misma que entre menos tiempo paso con él, mejor me siento, pero es realmente así como lo vivo en este momento. Y no sé cuándo vaya a mejorar, o peor aún, si vaya a mejorar. No sé si es la crisis actual la que amplifica este sentimiento de inutilidad absoluta. Veo pasar el tiempo, los días son todos iguales».

El apoyo que podría encontrar en su entorno inmediato, Ambre lo encuentra en su comunidad virtual, el único espacio donde puede hablar libremente del arrepentimiento.

Ambre se siente esclava de su papel de madre. «Ya no existo como mujer ni como cónyuge. Únicamente soy una madre». El confinamiento del año 2020 fue revelador. Lo vivió como un castigo, como un retorno forzoso a la licencia por maternidad, sola con él, sin hablar de toda la carga mental que implica la vida familiar, multiplicado por 100 cuando uno se vuelve progenitor.

«Estos dos últimos años he llorado mucho. Tengo esa rabia dentro de mí que no se aplaca. Y esa súbita lucidez, ahora que ya es demasiado tarde, de que ya no puedo dar marcha atrás. No me gusta la persona en la que me he convertido. Sí, soy la misma persona de antes, pero con problemas de más. Ya no me reconozco mentalmente».

Ambre dice que hoy conoce el sentido profundo de la palabra «sacrificio»: no se imaginaba lo que implicaría ser madre. Para Ambre, la maternidad se ha convertido en un desafío, en una contradicción. No puede olvidar quién era

antes. Ahora siente que le debe todo a su hijo, mientras que antes de su nacimiento ella quería todo. En el momento en el que elegimos traer un niño al mundo, hablamos menos de dones que de deudas. Del don de la vida anterior, pasamos a una deuda infinita con aquel que ni Dios ni la naturaleza nos imponen ya, y que sabrá recordarte un día que no pidió nacer.

Una vez que se dominó la anticoncepción siguieron las responsabilidades, los deberes. Dicho de otra forma, el niño que representa una fuente innegable de alegría para unas, puede ser una fuente de arrepentimiento para otras. Raras son las mujeres o las parejas que, al momento de tomar la decisión de tener un hijo, se lanzan con lucidez al cálculo de los placeres y las penas, los beneficios y los sacrificios. La maternidad está siempre bañada de un halo de felicidad que oculta la realidad.

Desde un punto de vista sociológico, Orna Donath explica que en nuestra sociedad capitalista neoliberal, fundada en el dogma del progreso, el arrepentimiento se puede ver como la evidencia de una disfunción. Como se supone que todos nuestros actos tienen como objetivo superar los retos de la vida, el arrepentimiento se considera una transgresión. Por lo tanto, admitir que se siente arrepentimiento sería una evidencia de falta de pragmatismo y de optimismo. Ese sentimiento puede hacer que los individuos y los grupos se autoflagelen y experimenten un sentimiento de impotencia que los paraliza, en ocasiones hasta el punto de estar obsesionados por un pasado al cual no pueden volver.

Todas las madres que entrevisté me dijeron, en resumen, lo mismo: «Si tan solo pudiera borrar todo». O «quisiera irme y no regresar», o incluso «sueño que ya no están ahí». Algunas imaginan que sus hijos se evaporan: «Pum, de pronto ya no hay hijos, ¡jamás los tuve!», me dijo Sylvie. O como Ambre, que desea «tener una varita mágica para borrar el arrepentimiento». Pero agrega que si fuera «una mala madre» no se interesaría por su arrepentimiento de ser madre. Esta reflexión me llama la atención, ¡me parece tan justa! Todas esas mujeres quisieron conocer el malestar que las carcomía desde la llegada de su hijo, e hicieron una introspección del presente y del pasado, a menudo dolorosa. Para poder dominarla mejor, sin duda.

Sylvie reconoce que la dominaron sus viejos demonios. Se ve a sí misma como su madre: inestable, caprichosa, devorada por el virus de los viajes. Hace poco se fue diez días a Japón. Dudó en regresar. «¿Por qué ese tipo de cosas pasan más fácilmente al seno de la sociedad si eres padre que si eres madre? Cuando eres madre no puedes abandonar a tu familia porque te someterás al oprobio hasta el fin de tus días.

»Hay tantos hombres que no se molestan por este tipo de culpabilidad y que continúan con su carrera porque cuentan con la dedicación "absolutamente natural" de la madre de familia, o que abandonan por completo el hogar», constata con amargura.

De hecho, tengo una anécdota muy significativa sobre este tema. En un almuerzo dominical muy agradable con una pareja de amigos músicos, Marie y Éric, empecé a hablar del tema de mi libro. Curiosa, Marie me bombardea con preguntas. Y de pronto Éric, habitualmente reservado y tímido, afirma: «Yo también lamento haber tenido hijos». Me explica que su arrepentimiento proviene del hecho de que no se ocupa de ellos lo suficiente, que no ha estado ahí cuando lo necesitaban. Ellos se lo reprochan, él se lo reprocha. A fin de cuentas no era un papel para él, no debió ser padre. Me conmueve su lucidez, pues sinceramente parece estar triste, pero también comprendo que, por ser un trompetista talentoso, eligió irse a una gira tras otra en lugar de desempeñar su papel de papá. Pudo elegir, lo cual no pueden hacer las mujeres.

Si bien la separación física no hace desaparecer la conciencia de ser madre, puesto que existe un vínculo incluso si madre e hijo no viven bajo el mismo techo, Orna Donath explica que lo irónico de esas situaciones es que, al realizar lo que a los ojos de ellas es un acto generoso, el de ser una buena madre, el de reconocer que son incapaces de ser madres y que el padre sería más apto, y que el ambiente en la casa sería más sereno sin ellas, esas mujeres se vuelven culpables de un acto que se percibe como un comportamiento indigno.

Una madre debe quedarse, cueste lo que cueste, con sus descendientes. Ellas son víctimas del dictado social que impone a las madres vivir bajo el mismo techo que sus hijos y jamás abandonar el domicilio familiar, cualesquiera que

sean las circunstancias y a pesar de las dificultades que enfrenten o de la angustia que puedan sentir. Incluso si admiten que no pueden o que no quieren encargarse de sus hijos. Otras madres consideran que el sentimiento de culpabilidad es demasiado grande y que escapa totalmente a la definición de «buena madre», por lo tanto no pueden tomar la decisión de partir.

10

Victoria, la palabra liberadora

A lo largo de esta investigación me pregunté qué podrían sentir los hijos de estas madres. ¿Intuyen que su madre se arrepiente de serlo? ¿Descubren en sus actitudes y en su vida cotidiana indicios que los llevarían por este camino?

Victoria habló del tema con su hija Morgane, quien acababa de cumplir 17 años. Esta estadounidense de 52 años, originaria de Luisiana, escribió un artículo en un sitio de internet destinado a mamás, en el que revelaba, bajo su verdadera identidad, su desesperación por haberse convertido en madre. Antes de publicarlo tuvo una plática franca con su hija casi adulta, quien ya pronto tendría la edad suficiente para tener a sus propios hijos. Esta publicación tuvo una repercusión enorme en las redes sociales e incluso fue objeto de un artículo en *The Guardian* (de Estados Unidos), en 2017.

Con palabras sencillas, Victoria le explicó a su hija que el papel de madre no era para ella, que nunca había sido ni sería para ella. De inmediato le insistió en que ella, Morgane, no tenía la culpa de nada y que en ningún momento le reprochaba que estuviera ahí.

La conversación fue muy breve, recuerda Victoria cuando le pregunté detalles por teléfono. Al principio, su hija lo tomó muy mal. No dijo una sola palabra. Estaba furiosa. Confundía arrepentimiento con abandono. «Morgane creyó primero que yo iba a abandonarla, como había hecho su padre biológico cuando ella tenía tres años. Nunca volvió a aparecerse porque fui yo quien lo abandonó. Era abusivo y maltratador. Yo jamás la hubiera abandonado. Al contrario, toda nuestra historia probaba lo contrario».

Unos meses después de esta conversación, que Victoria calificó de «fundamental» en la relación con su hija, Morgane buscó a su madre y le dijo que la entendía. Supo separar el arrepentimiento que sentía su madre del amor que Victoria sentía por ella, que era indudable. Victoria es una mamá alentadora y bondadosa a pesar de los horrores de la vida y de la precariedad; siempre se aseguró de que a su hija no le faltara nada. Jamás le falló.

«Estoy segura de que muchos padres, en el transcurso de sus vidas, a veces no pueden satisfacer las necesidades de sus hijos, pero a pesar de eso no lamentan haberlos traído al mundo. Yo siento esta maternidad como un error enorme. Sin embargo, amo a mi hija y ella lo sabe. Si algo malo le pasara, estaría inconsolable, querría morir».

Victoria siente una enorme culpabilidad, por una parte, por vivir ese arrepentimiento, y por otra, por no darle a su hija lo que merece. Porque su hija, radiante como el sol, divertida, lista y alegre, no tiene ninguna responsabilidad por lo que sufre su madre. «Morgane y yo hablamos mucho en esa época. Quería que supiera quién soy yo en realidad».

Victoria nació en una familia de Luisiana y, a partir de su cumpleaños 16, sus padres quisieron que se casara. Lo más joven posible, como ellos. Entonces, cuando su padre militar regresaba de alguna misión, organizaba cenas en la casa con sus colegas más jóvenes para presentarles a Victoria, y esperaba que su hija se decidiera a elegir un «buen marido». Pero Victoria no pensaba en eso, ella quería ir a la universidad y hacer una carrera.

Esa elección de vida no era del agrado de sus padres. Ella afirmaba de todas las maneras posibles que no tendría hijos. Sus padres le repetían: «Ya verás, cambiarás de opinión. Es el oficio más hermoso del mundo». La idea de que su hija no tuviera hijos los aterraba.

El calvario de Victoria volvía cada vez que su padre partía durante largas semanas a esas misiones, porque su madre se quitaba la máscara sonriente y sus actitudes empalagosas hacia sus hijos, para convertirse de nuevo en lo que era en el fondo: abusiva, negligente, fría e hiriente.

Victoria se casó cuando tenía 30 años. En otras palabras, a los ojos de sus

padres era una solterona. «Deseaba fervientemente a mi hija. Estaba feliz de tener un bebé, pero durante todo mi embarazo mi marido estuvo imposible. Yo sabía que esta historia terminaría mal. Aunque no tuve ningún problema en el parto, rápidamente lamenté el nacimiento de esta hija. Fui incapaz de sostenerla en mis brazos al día siguiente de su nacimiento. En ese instante supe que había cometido el error de mi vida. Comprendí que esa bebé era mía y que jamás podría dar marcha atrás. Hacerme consciente de que sería para toda mi vida fue algo vertiginoso y espantoso. No quería que esa hija viviera lo mismo que yo. Mi experiencia madre-hija fue tan triste y dolorosa que no podía infligirle eso a alguien más. Me sentía incapaz de ser madre. Además, mi madre nunca quiso tenerme, y me lo echó en cara un día; jamás me tomó en sus brazos y nunca me dijo "te amo".

»Por el contrario, mi hija piensa que soy una supermamá, sus amigos también. Soy algo así como la "buena madre-compañera", pero yo no soy su amiga, soy su mamá. En la casa hay reglas, y la mayoría de las veces ella las respeta. Tiene responsabilidades y se encarga de ellas bastante bien. No tiene ninguna relación con su padre biológico ni con su familia paterna, fue elección de ellos. Mi hija le pidió a mi marido que la adoptara, lo cual él hizo hace ocho años. Su relación con él es tan cercana como conmigo. Y me esforcé para que en la casa hubiera un entorno amoroso y sereno. Creo que lo logré.

»Hice mi mejor esfuerzo para que no sintiera mi arrepentimiento de haberla traído al mundo y de ser madre. Fue deseada. En ocasiones me pedía que fuera más cariñosa, más tierna, "maternal"… pero yo no soy así. Ser incapaz de hacerlo me llena de violencia y de una culpa muy grande. Pero no me gusta ser madre. No puedo explicarlo. Es así».

Para Victoria era fundamental que su hija conociera la verdad y supiera que la amaba, por encima de todo, a su manera. Giulia piensa igual, puesto que le escribe a su hija Gemma desde que nació para dejar rastro de todo lo que ha pasado, para no olvidar ningún detalle de lo que siente por su hija… Quizá nunca se lo dará, pero quiere que exista. Eso también la ayuda a soportar ese sentimiento ilícito de arrepentimiento.

Sylvie, Clara y Ambre pudieron hablar con los padres de sus hijos, quienes comprendieron en mayor o menor medida el sufrimiento que padecían. Poder compartir ese sentimiento con ellos fue saludable. Para apoyarlas, un poco desvalidos, se hicieron más presentes en la casa y ayudaron en las tareas domésticas.

Jean, el marido de Clara, la acompaña, bien que mal, en lo que ella llama «su viacrucis». Trata de facilitarle la vida. Ella trata de retomar su primer amor: la pintura. Pero la realidad de lo cotidiano siempre termina por atrapar a Clara. Creación y maternidad no siempre hacen buena pareja. El tiempo de concentración es muy limitado cuando queremos crear en casa. Entre el trabajo de 8:00 a. m. a 5:00 p. m., los hijos, las tareas, los preparativos para el día siguiente, las actividades de tres hijos y las comidas, el tiempo libre de una madre es reducido. Clara se encierra en su recámara. «Cuando llevo dibujando apenas 30 minutos, escucho gritos y llanto en la casa. Trato de encerrarme en mi burbuja, pero esta siempre se rompe muy pronto, cuando un hijo o mi marido me piden intervenir y arreglar el problema o la disputa».

Por su parte, Giulia habló con su marido y padre de su hijo, Bastien, quien no comprendía de qué hablaba su mujer cuando le decía: «Me arrepiento de ser madre. Lamento la maternidad». Hasta el día en que ella terminó por espetarle: «Pero, querido, ese hijo lo hice por ti».

«Y después fui a ver a mi madre para saber si ella había vivido también lo que yo estaba experimentando. Lloró mucho y, con un suspiro, me respondió: "Era tu padre el que quería hijos. Ahora que lo sabes, ya no hay que hablarlo. No debemos hacer que los demás nos repudien". Estaba furiosa contra todas las mujeres cercanas a mí y contra mí misma por haber creído en el mito meloso de la maternidad feliz».

El padre de Giulia, que seguía la conversación de lejos, solo dijo: «Pero la maternidad es algo natural…». Fin de la discusión.

«Mis padres no quisieron ver que estaba muy mal. Sufrí mucho por esa falta de empatía de la gente a mi alrededor. Siento que estuve enferma durante largos meses, buscando qué estaba mal en mí. Como leía todo lo que me caía entre las manos que tenía que ver con lo que yo vivía, por fin pude ponerlo en palabras y formular lo impensable: "Me arrepiento de haber tenido un hijo". Y

después fue como si me dieran el terrible diagnóstico: enfermedad grave e incurable. *Ad vitam aeternam*.

»A menudo pienso en la película *Matrix*. En la píldora azul y en la píldora roja. Sin dudarlo, yo tomaría la que me hace volver atrás. No hubiera tenido un hijo».

Conclusión

Elsie, Clara, Coline, Giulia, Victoria, Sylvie, Luna y Ambre… y las otras madres que no aparecen en este libro pero que me ayudaron en mi investigación, me permitieron abordar con matices este tema tan complejo y prohibido del arrepentimiento materno. Esta parte del alma humana que me era por completo ajena y desconocida en Francia hizo que me pusiera de cierta manera la vestimenta de una arqueóloga y emprendiera excavaciones en una nueva zona, con aprensión por lo que podría descubrir, y también con respeto por el lugar.

A lo largo de mis encuentros con esas madres tuve que dominar el tema y controlar las emociones que a veces surgían en mí. Expandió mis límites y me forzó a cambiar por completo certezas muy arraigadas.

Al escucharlas traté de comprender diferentes facetas del arrepentimiento de ser madre. Espero haber evitado centrarme en el tema de la maternidad, incluso si en ocasiones mi experiencia de madre pudo interferir en mi escucha. Muchas preguntas que pude formularme en el curso de mi investigación permanecen sin respuesta. Como lo anuncié al inicio del libro, no soy especialista y, por tanto, me abstuve de enunciar teorías a partir de los testimonios recopilados.

De estos últimos, sin embargo, adquirí una certeza: el arrepentimiento nace de una presión social que querría que cada mujer tuviera la vocación de ser madre, buena de ser posible, y la experiencia de cada una de ellas condiciona

su relación con la maternidad.

La socióloga Orna Donath sacó a la luz el arrepentimiento gracias a su estudio; otras seguirán y lograrán su cometido con valor y perseverancia. Asimismo, disciplinas como la psicología o la filosofía podrían ayudar a arrojar luz sobre el tema.

Este libro también fue una investigación familiar e íntima. Pude tener otra perspectiva sobre la vida de mi abuela a la luz de los testimonios del presente. Ella permaneció libre toda su vida, cumpliendo el destino que había elegido al hacer caso omiso, a su manera, de las convenciones sociales y de las opiniones de los otros.

Al terminar este libro, aún no sé si la abuela Vonne se arrepintió o no de ser madre. Solo ella podría decírmelo con sus palabras. Pero poco importa, una cosa es cierta: la ambivalencia materna, cuyo arrepentimiento es el paroxismo, siempre ha existido y existirá. Es la mirada de la sociedad la que cambia al respecto.

Actualmente es inefable e inaudible, la madre que es presa del arrepentimiento está condenada a llevar su carga en silencio. La única manera de vivir con eso es hablar con las personas a nuestro alrededor, con profesionales, la familia, los amigos y, por último, si es oportuno, hablar con los hijos cuando ya tienen edad de comprender. Soltar la lengua también permite a las mujeres autorizarse a formular las preguntas adecuadas antes de tomar la decisión de tener hijos o no, cuestionar su deseo y medir las implicaciones que eso exige. Ese discurso liberador y el interés de la sociedad harán que el arrepentimiento entre al panteón de las emociones relacionadas con la maternidad.

Y por extraño que pueda parecer, es precisamente el interés que estas mujeres tienen en su arrepentimiento lo que las transforma en mujeres comprometidas con su papel de madre.

Bibliografía

Abécassis, E. (2007). *Un feliz acontecimiento*. Madrid: Malabar.

Alvarez, L. y B. Golse (2020). *La Psychiatrie du bébé*. París: Presses Universitaires de France (PUF). Colección Que sais-je?.

Badinter, E. (1984). *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVIII al XX*. Madrid: Paidós.

___ (2011). *La mujer y la madre*. Trad. Montse Roca. Madrid: La Esfera de los Libros.

Beauvoir, S. de (2013). *El segundo sexo*. Madrid: Debolsillo.

Bydlowski, M. (2007). *La deuda de vida: itinerario psicoanalítico de la maternidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Donath, O. (2017). *Madres arrepentidas: una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. México: Penguin Random House.

Fives, C. (2018). *Tenir jusqu'à l'aube*. Gallimard.

Héritier, F. (1996). *Masculino/femenino: el pensamiento de la diferencia*. Barcelona: Ariel.

___ (1997). *Las dos hermanas y su madre. Nuevas perspectivas en la teoría del incesto*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Knibiehler, Y. (2001). *Historia de las madres y de la maternidad en Occidente*.

Buenos Aires: Nueva Visión.

Naouri, A. (2012). *Hijas y madres*. México: Tusquets.

Pennac, D. (2016). *El hada carabina*. Madrid: Debolsillo.

Winnicott, W. D. (1993). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

___ (2006). *La mère suffisamment bonne*. Payot.

Agradecimientos

Antes que nada, quisiera agradecer a Charlotte Rousseau, sin quien este libro jamás hubiera existido. Ella me animó con entusiasmo y delicadeza a lo largo de toda esta escritura.

A Orna Donath, por nuestros intercambios y su trabajo.

Un gran agradecimiento también a mis fieles amigas psicólogas y psicoanalistas, Adèle Assous y Céline Casagrande, que se tomaron el tiempo de escucharme hablar del arrepentimiento de ser madre, que releyeron conmigo los testimonios a la luz de su área de especialización. A Bernard Golse, quien no dudó en compartir su experiencia de psiquiatra infantil y sus referencias.

A Valérie Guénon, por su relectura aguda y sus buenos consejos siempre. A mis amigas Ariane, de Bruselas; Cécile, de Tahití; Juliette, de París, y Caro, de Scotto. A Sonia Kronlund, por su fidelidad y su espíritu de equipo.

A Lila, mi hija, que me hace crecer, llorar y reír. A mi madre, mi hermana Florence y a mis familias, la francesa y la holandesa, ambas fuentes de inspiración. A mi padre y a la abuela Thom, evidentemente. A Fabrice, inquebrantable y honesto.

Sobre todo, agradezco desde el fondo del corazón a todas las madres que quisieron confiar en mí y que me hicieron descubrir este aspecto de la maternidad que yo no sospechaba.

Agradecimientos a la editora

Agradezco sinceramente a Véronique Cardi por haberme permitido hacer este libro al seno de la editorial JC Lattès.

Agradezco a todas las personas con quienes hablé, volví a hablar y hablé de nuevo sobre este tema que me apasiona desde hace varios años, que me escucharon con interés, espero, y paciencia sobre todo, y que me motivaron para iniciar este libro y llegar hasta el final. Pienso en particular en ti, Pierre.

Agradezco a mis dos pequeños, Charlie y Leo, que me impulsan a ir siempre más lejos para realizar mis sueños y ser la más plena de las mamás.

Acerca del autor

Stéphanie Thomas. Realizó reportajes en África, Oceanía y Europa para France Inter; produjo podcasts sobre sociedad e historia para France Culture (series *Sur les docks, La Fabrique de l'histoire, Les Pieds sur terre,* que se emite desde 2002). Codirigió, junto a Pierre Chassagnieux, documentales galardonados sobre el trabajo y los servicios sociales, entre los que destacan *Les enfants volés d'Angleterre* y *Les enfants perdus d'Angleterre* (France 5). Su último documental, *L'enfant du double espoir*, en el que trata el sensible tema de los bebés medicados, fue transmitido por France 5.

Título original: *Mal de mères. Dix femmes racontent le regret d'ēre mère*

Stéphanie Thomas

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Estudio Peri
Fotografía de portada: iStock
Diseño de interiores: Alejandra Ruiz Esparza
Fotografía de la autora: © DR (Derechos reservados)

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2022
ISBN: 978-607-07-8640-2

Primera edición en formato epub: abril de 2022
ISBN: 978-607-07-8622-8

Para garantizar el anonimato, todos los nombres han sido cambiados.

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV